

un *Hombre*
para *dos chicas*

UNA NOVELLA



TANYA ANNE CROSBY

UN HOMBRE PARA
DOS
CHICAS

TANYA ANNE CROSBY



Traducido por

M A R I A M I L L
A S A N J U A N



All rights reserved. No part of this publication may be used or reproduced or transmitted in any manner whatsoever, electronically, in print, or otherwise, without the prior written permission of both Oliver-Heber Books and Tanya Anne Crosby, except in the case of brief quotations embodied in critical articles and reviews.

PUBLISHER'S NOTE: This is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents either are the product of the author's imagination or are used fictitiously. Any resemblance to actual persons, living or dead, business establishments, events, or locales is entirely coincidental.

“Un hombre para dos chicas”

Escrito por Tanya Anne Crosby

Copyright © 2016 Tanya Anne Crosby

Todos los derechos reservados

Traducido por Maria Milla San Juan

✿ Creado con Vellum

Para Adán... que llegó a esta Tierra como el nacimiento de una estrella, una luz que brilla en cada rincón oscuro.

ÍNDICE

[Recomendaciones para leer a Tanya Anne Crosby](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6 Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

RECOMENDACIONES PARA LEER A T ANYA ANNE CROSBY

–Los personajes de Crosby mantienen al lector enganchado...

Publishers Weekly

–Tanya Anne Crosby intenta que pasemos un buen rato y lo consigue con humor, una historia trepidante y romance en su justa medida.

The Oakland Press

–Un romance repleto de encanto, pasión e intriga.

Affaire de coeur

–Tanya Anne Crosby escribe un relato que te llega al alma y permanece para siempre en el corazón.

Sherrilyn Kenyon, la autora más vendida según el New York Times

–Para mí ha sido la reina de la ficción histórica durante más de dos décadas, ¡y aún consigue dejarme sin aliento y con ganas de más!

Barb Massabrook, lectora desde 1992

–Hay momentos en los que el corazón se te tensará de la fuerza...

momentos en los que te retorcerás de la risa. Leah Weller, lectora desde 1993

CAPÍTULO 1



Si la posesión constituye nueve décimas partes de la ley, la posesión con el culo al aire posiblemente sea irrelevante.

Llaves en mano, Annie Franklin se quedó parada justo pasado el umbral de la casa de Folly Beach que había alquilado. Lo mismo hizo el chico que estaba en el vestíbulo con los dedos enroscados en el pelo y sus partes masculinas colgando, al igual que las llaves que tenía Annie en la mano. Durante unos dos segundos, Annie fijó la mirada en una expresión muy sorprendida, para luego descender la mirada sin poder evitarlo.

—¡Dios mío! ¿Qué está haciendo aquí?

—Estoy seguro de que le podría preguntar lo mismo.

Annie se forzó a levantar la mirada hasta encontrarse con un par de ojos muy azules. La sorpresa ya había desaparecido y había sido sustituida por algo más parecido al desconcierto.

Tratando de echar un vistazo dentro de la casa, Lady, su curiosa perra de raza labrador husmeó la parte posterior de sus muslos y Annie emitió un sonido de consternación. —¡Siéntate, Lady! ¡Siéntate! —le ordenó—. Mire, debe haber algún error. ¿Es este el número 1776 de East Ashley?

—Sí.

Horrorizada, Annie comenzó a agitar sus llaves entre ellos. — Pero yo tengo las llaves —dijo ella. Él, por otro lado, no tenía nada, ¡ni siquiera ropa!

—Ya lo veo.

Annie miró las llaves que tenía en la mano, como si pudieran, de alguna manera, acudir en su defensa. Había conducido un largo camino y no estaba precisamente en condiciones de tener una conversación con un hombre desnudo. —¿Le importaría vestirse?

—¡Dios mío! —dijo él, frotándose el pescuezo—. Claro. Lo mejor será que entre... Parece que tenemos unas cuantas cosas que aclarar.

Demasiado consciente del lunar que tenía en su cadera izquierda, Annie

mantuvo fija la mirada en su rostro. —Eh..., sí, pero creo que voy a esperar aquí. Si no le importa. Gracias —dijo. Y luego añadió un poco nerviosa— Esto..., creo que voy a esperar... en el porche.

Él la miró como si hubiera salido del sombrero de un mago, sin que su expresión denotase que algo le divertía en particular, pero tampoco que estuviese mosqueado, y desapareció en una habitación adyacente, dejando la puerta abierta.

Aparentemente, la modestia no era una de sus virtudes. Pero tenía más de las necesarias. Lo cierto es que Annie tampoco quería que esa imagen se quedara impresa como una fotografía instantánea en su cabeza.

Sin dejar de mordisquearse el labio por dentro, Annie esperó ansiosamente en el porche delantero con Lady sentada obedientemente a sus pies. Lady no paraba de mirarla y sus fieles ojos marrones reflejaban curiosidad.

En ese el momento, Annie no tenía respuestas y descubrió que no tener respuestas era tan desconcertante como mirar un pene desconocido bastante grande. Todavía no tenía claro si él era un gilipollas completo o no. Pero lo que sí sabía era lo siguiente: a) que había un hombre desnudo en su casa de la playa —la casa que había alquilado más de seis meses antes— y la casa que ya había pagado, y b) que necesitaba esta casa y ninguna otra. Si no podía tener esta casa, podría no tener valor para hacer lo que tenía que hacer. Simbólica o no, la casa formaba parte de su plan y los planes se hacían para llevarlos a cabo; ese era el motivo por el que se hacían. Si quitabas un solo ladrillo de los fundamentos, toda la estructura podía derrumbarse.

En ese momento, Annie necesitaba desesperadamente la estructura.

—Esto no tiene buena pinta —le dijo a Lady mientras buscaba en su bolso su teléfono móvil.

Lady la miraba con grandes ojos muy abiertos mientras ella marcaba el número de teléfono de la sociedad de gestión, con la intención de obtener algunas respuestas antes de que el intruso regresase. —Hola, soy Annie Franklin.

—¡Hola, Annie! ¿Ha encontrado la casa sin problemas?

Annie estaba confusa. —Creo que sí —miró dentro de la casa a la puerta cerrada del dormitorio—. Pero creo que hay un pequeño problema.

—¿Un problema?

—Más bien un gran problema. —Y no se refería simplemente al tamaño de su paquete, que, para su horror, Annie recordaba con todo detalle de manera inquietante. Bajó la voz—. ¡Parece ser que ya hay un hombre aquí! —Por el momento, dejó aparcada la parte de que estaba desnudo.

—¿Parece ser?

—¡No! Quiero decir, que hay un hombre o un chico en la casa.

La recepcionista se repitió como un loro. —¿Dice que hay un hombre en la casa?

—Eh... ¡Sí! Y digamos que se siente como en casa.

—Vaya, de acuerdo... —A pesar de su molesta tendencia a repetirse como un loro, por su tono, la chica parecía estar verdaderamente consternada—. Permítame comprobar algo.

Annie seguía mirando fijamente la puerta cerrada del dormitorio mientras esperaba.

Al cabo de un rato, la chica regresó al teléfono.

—De acuerdo, nadie figura en los libros y usted es la única persona a quien le he dado llaves esta mañana, así es que puedo asegurarle que sea quien sea la persona que está ahí, no debería estar.

Annie soltó un suspiro de alivio. —¡Gracias a Dios! Pensé que tal vez habían reservado la casa dos veces por error, o algo así.

—Eso es absolutamente imposible, aseguró la chica. Solo tenemos dos juegos de llaves de esa casa. Usted tiene uno y yo tengo el otro delante de mí... a menos que...

Al otro lado del teléfono se hizo un ominoso silencio y Annie tuvo ganas de gritar. —¿A menos que qué? —preguntó con toda la tranquilidad que pudo.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y su ocupante salió, ahora vestido con un par de pantalones cortos de cuadros escoceses azules y blancos y una camiseta deportiva blanca que hacía perfectamente juego con su bronceado y sus pectorales. No obstante, Annie deseó no haberse fijado en esa parte.

Caminó hacia ella, sin traicionar el más mínimo rastro de la diversión que había mostrado antes. —¿Es la sociedad de gestión?

Annie, de repente, se sintió como si la hubiesen atrapado con las manos en la masa. Asintió. La chica al otro lado de la línea estaba hablando de nuevo, pero Annie no comprendió ni una sola palabra de lo que estaba diciendo.

El chico extendió la mano. —¿Le importa? Creo que puedo aclarar esto con bastante rapidez.

Annie le entregó su teléfono móvil. —Hola, soy James Heywood. ¿Con quién hablo?

Annie no pudo evitar darse cuenta de que el señor Heywood no parecía estar siquiera un poco preocupado por la situación. Juguetearando de manera nerviosa con las llaves de la casa de la playa, estudió los números escritos con marcador negro sobre el llavero: 1776 E. A. Examinó el porche y buscó el número que había en la columna.

Allí, en grandes letras de madera azul chillón, estaba escrito el número 1776.

—Hola, Sandy —dijo él—, hablé con Mike hace aproximadamente un mes y le expliqué que estaría en la ciudad el día cuatro. ¿Me puedes decir qué ha pasado?

Annie se sentó en una mecedora blanquecina detrás de ella y se concentró en la conversación unilateral. Lady posó su hocico en la mano de Annie y gimió. Con toda honestidad, Annie también tenía ganas de gemir.

—Desgraciadamente, ninguna disculpa va a resolver esto — estaba diciendo él—. ¿Hay otra casa disponible?

Annie tomó nota del gesto determinado de su mandíbula y del brillo lúcido de sus ojos, y llegó a la conclusión de que no era, realmente, el tipo de persona que con quien querrías discutir, desnudo o no.

Sus siguientes palabras confirmaron su deducción. —No importa^o — continuó—. Espero que lo solucione de manera inmediata. —Y, entonces, de repente, puso fin a la conversación. Se volvió para devolverle a Annie el teléfono móvil y entró, dejando la puerta abierta de par en par una vez más.

Annie volvió a colocar el teléfono en su oído con un poco de

incertidumbre. —Eh, ¿diga?

—¡Lo siento mucho! —explicó de manera apresurada la recepcionista—. ¡Es el señor Heywood!

Annie tuvo la repentina y clara impresión de que las cosas no iban a salir como ella quería, independientemente de lo mucho que ella quisiera quedarse con esa casa. —Eso he oído. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, verá, es el dueño de la casa, por lo que no podemos pedirle que se vaya. Así es que, definitivamente, tenemos un problema.

El poco autocontrol que tenía Annie se disipó. —¡Esto tiene que ser una broma! ¡Ya he pagado la casa! ¡No me puede decir que ahora me tengo que volver a casa después de haber conducido casi 1000 kilómetros para llegar hasta aquí con mi perro! —añadió, completamente indignada.

—Lo siento mucho, señora Franklin. ¡No teníamos ni idea de que fuera a estar ahí!

Annie se puso de pie de un salto. —Sí que lo sabían. Él lo acaba de decir. ¿Y ahora usted me dice que me tengo que ir?

—Esto nunca había sucedido antes —dijo la chica en tono de disculpa.

—¡Pero este es el fin de semana del 4 de julio! —insistió Annie—. ¡No habrá nada libre! ¡No me lo puedo creer! —añadió, sobre todo para sí misma.

Estaba a punto de sufrir un verdadero ataque de pánico. Las palmas de las manos le empezaron a sudar y el corazón le latía frenéticamente. Buscó su maleta con la mirada y se quedó mirándola fijamente, intentando enfocar y hacer acopio de la fortaleza de su abuela mientras escuchaba a la recepcionista farfullar profusas disculpas.

Con un plan Annie podía hacer frente a casi cualquier cosa. Pero ese era el problema cuando ocurrían cosas como que las personas muriesen y que apareciesen extraños desnudos: que nunca formaban parte del plan de nadie.

De repente se empezó a sentir mareada. Afortunadamente, el señor Heywood regresó con un vaso de líquido marrón, que podía ser té.

En la mano izquierda, llevaba un recipiente pequeño y se agachó para colocarlo delante de Lady.

Lady le dirigió una mirada inquisitiva y luego otra a Annie antes de mirar hacia abajo, al recipiente lleno de agua resplandeciente.

Incluso en su estado de alteración, Annie se dio cuenta de que Lady no bebería sin permiso, de manera que se agachó y empujó el recipiente cerca de su hocico. Lady se abalanzó inmediatamente y, en medio del creciente ataque de nervios, Annie agradeció que el chico hubiese sido suficientemente considerado como para pensar en su perro cuando ella era incapaz de hacerlo.

Él esperó pacientemente, luego le entregó el vaso de líquido marrón y volvió a extender la mano. —¿Puedo?

Annie supuso que quería el teléfono móvil. Estaba demasiado alterada para negarse. La recepcionista seguía divagando sin cesar, diciendo palabras vacías.

Annie entregó el teléfono nuevamente al señor Heywood y se derrumbó en una silla con el vaso de líquido marrón entre sus manos mientras Lady salpicaba agua fresca a sus pies en su afán de beberse con la lengua hasta la última gota de agua. Hacía calor, pero era imposible saber qué parte del sudor que se deslizaba entre sus pechos se debía al estrés.

—Mierda —dijo ella, sin importarle lo que él pudiera pensar de las chicas malhabladas. Era un asco de situación, la peor de su vida.

—Extiéndale un cheque —dijo él, sin que su tono dejara lugar a discusiones—. Pasaré a recogerlo en una hora. —Colgó el teléfono.

Annie le miró con incredulidad. —¿Así de simple! —Se puso de pie y le miró sin temor— ¿Me va a reembolsar mi dinero y a decirme que me vaya?

Él le devolvió su teléfono. —Mire, señora...

Annie le miró fijamente. —¿Franklin! ¿Se da usted cuenta de que no habrá ni una sola habitación o casa libre este fin de semana?

Él abrió la boca para hablar, pero Annie no había terminado. —Y, francamente, incluso si la hubiera, ¡yo no tengo por qué pagar precios de última hora cuando he planeado esto con seis malditos meses de antelación!

Él le dirigió una pequeña sonrisa burlona y exasperante, mientras sus ojos azules brillaban con demasiado alborozo, y dijo: — No le iba a pedir que se fuera.

Confundida, Annie inclinó un poco la cabeza como Lady acababa de hacer. —¿No?

—No. No lo iba a hacer.

—¿Entonces qué iba a hacer?

—En primer lugar, le voy a buscar un alojamiento alternativo. Si encuentro uno, lo pagaré de mi bolsillo para compensar las molestias. Si no lo encuentro, podrá quedarse aquí.

La imagen de su pene de repente le vino a la mente. —¡DE NINGUNA manera voy a pagar para compartir esta casa con un completo extraño! ¡Me da igual que la casa sea suya!

Él hizo una pequeña mueca y extendió la mano para estrechársela. —Me llamo Jamie. Ahora solo somos un poco extraños.

Annie no le dio la mano enseguida, de manera que él la mantuvo extendida. —Vale, escuche: hay una suite entera en el piso de arriba con un montón de espacio para nosotros dos. Solo tendríamos que compartir la cocina y el salón.

El hecho de que siguiera sonriendo molestaba a Annie. —Pero he pagado por una casa entera, señor Heywood, ¡no por media casa!

—Pero eso es lo bueno del trato, señora Franklin. Usted puede quedarse con el dinero, independientemente de lo que ocurra, y ni siquiera tenemos que vernos... si no queremos. Existen escaleras separadas que conducen a la suite del piso de arriba. Puede cerrar con llave su puerta y, de esta manera, no me verá ni en sueños. Digamos que... hoy es su día de suerte.

Annie siguió de pie, reformulando mentalmente su plan.

Media casa. Todo el dinero.

Si lo decía en serio, era un buen trato.

Pero seguía estando molesta, quizás por la sonrisa demasiado agradable que él seguía luciendo. Fingió darle vueltas, aunque la verdad era que no había mucho que pensar. Lo cierto era que ella podría comprar un montón de regalos con tres mil trescientos dólares y tampoco se encontraba en condiciones de elegir.

En realidad, no necesitaba toda la casa para poner su plan en marcha, solo necesitaba acceso al río detrás de la casa. Le lanzó una mirada escéptica. —¿Por qué estaría usted dispuesto a compartir su casa y sus vacaciones con una perfecta extraña?

—Mi casa —señaló tranquilamente—. No recuerdo haber dicho que

quisiera compartir mis vacaciones.

—¿Está solo?

Él alzó una ceja con un gesto pícaro. —¿Está interesada?

—¡Por supuesto que no! Pero si me voy a quedar en esta casa, necesito saber lo que me voy a encontrar, ¡especialmente si va a haber un montón de niños gritando y corriendo!

Annie no tenía ni idea de por qué había dicho eso. Le encantaban los niños. De hecho, seguramente se sentiría más tranquila si estuviese casado con millones de hijos.

Su sonrisa perenne se acentuó aún más. —Nada de niños, salvo que me cuente a mí —la miró con un gesto algo tímido—.

De vez en cuando me acusan de serlo. Entonces, ¿qué le parece? ¿Hay trato o no hay trato?

Le tendió la mano más cerca, insistiendo en un apretón de manos, y Annie tuvo la repentina sensación de estar ante una cámara oculta en algún concurso televisivo. Frunciendo el ceño, escudriñó el porche. Nadie saltó gritando "¡sorpresa!" y no vio ninguna lente de una cámara enfocándola. Evidentemente, lo decía en serio. Él mantuvo la mano tendida, esperando con paciencia.

—¿No se repetirán los episodios de estriptis?

—Eh, no creo que se pueda considerar un estriptis si no se espera tener público. Pero, de acuerdo, no habrá más desnudos —aceptó—. Al menos no fuera de los confines de mi habitación —matizó—. No puedo prometer lo que se encontrará si decide entrar. Para mí, se trata de una zona de ropa opcional.

Ante la idea de verlo nuevamente desnudo, Annie sacudió la cabeza y asintió con un gesto que incluso a ella le pareció un poco neurótico. —Ya. ¿Por qué iba yo a entrar ahí? —Descartó esa remota posibilidad y extendió la mano para estrechar la suya, aceptando: —Trato hecho.

Y eso fue todo.

Sin que se oyese la música triunfal de un concurso televisivo, Annie acababa de ganar el gran premio, consiguiendo unas vacaciones pagadas en el "Edge de América" como se conocía a Folly Beach.

Y sin mediar otra palabra, el señor Heywood la dejó sola bebiéndose su

té como una genuina belleza sureña: sentada en una mecedora en el porche. Después de desaparecer vez más dentro de la casa, reapareció en el porche, calzado con un par de sandalias y con unas llaves colgando de una mano. Cogió su maleta sin esfuerzo y la llevó dentro de la casa, diciendo —Puede ir a su suite por la escalera interior. Está abierta. Pero también puede ir a la parte posterior y entrar por ahí. Siéntase como en casa. —A continuación, le guiñó un ojo y desapareció.

Lady la miró y gimió. —¿Y ahora qué? —Le preguntó Annie.

Como respuesta, Lady se irguió y saltó con impaciencia, pero Annie no estaba todavía dispuesta a abandonar su asiento en el porche. Tardó un buen rato en interiorizar por completo de que había ocurrido. Era poco probable que él encontrase otro alojamiento aceptable el fin de semana del 4 de julio, por lo que, al parecer, Annie realmente iba a quedarse con las dos cosas: la casa y el dinero.

Ves, Annie. ... a veces las mejores cosas de la vida ocurren cuando menos te lo esperas.

Annie miró su maleta. —De acuerdo, abuela, otro punto para ti — Aunque era importante señalar que había sido su diligente planificación lo que la llevó al lugar correcto en el momento adecuado. —Así es que apúntame otro a mí. —dijo ella mientras acariciaba satisfecha a Lady en la cabeza.

Entonces sonrió. ¿Quién dijo que no podía sortear los golpes? Con un poco de suerte, antes de que todo acabara, haría gala de una actitud despreocupada y conseguiría una nueva oportunidad en la vida.

Si su abuela estaba allí, mirando desde algún lugar, Annie estaba segura de que estaría asintiendo con aprobación. Se bebió el resto del té de un trago y dijo —Vamos, Lady. Vamos a reclamar nuestro premio antes de que vuelva y cambie de idea.

CAPÍTULO 2



Annie comprobó con gran satisfacción que la casa era clavada a lo que mostraban las fotos. Por todos lados había cortinas ondulantes de lino blanco y sofás y sillas con tapicería de color marfil intercaladas con muebles de pino. La cocina, abierta al salón, era de tonos azules y verdes plomizos con toques de beige, igual que los baños. Limpia, tranquila y con encanto: ni ella misma hubiese podido decorarla mejor.

En el piso de arriba, las ventanas estaban abiertas en la dirección de la brisa y dejaban entrar una mezcla de olores, aunque no todos deliciosos. Un olor a azufre, o algo parecido, se colaba desde algún lugar. Dos dormitorios amplios compartían un cuarto de baño contiguo y un gran salón con puertas francesas daba a una terraza trasera superior.

Annie eligió el dormitorio más cercano a las escaleras interiores, lanzó su maleta dentro de él y luego cambió de opinión y eligió la habitación más cercana al salón y a la terraza superior, en caso de incendio. Dado que la puerta de abajo estaría cerrada, sería mejor estar más cerca de la terraza.

Una buena planificación era el punto de partida para conseguir buenos resultados. Después de todo, pese a las calamitosas advertencias de su abuela acerca de una actitud demasiado rígida en la vida, había llegado adonde había llegado en la vida gracias a la planificación.

¿Y adónde había llegado? Una vocecilla en su subconsciente no dejaba de hostigarla. A estar sola. Sí, había llegado muy lejos en su vida profesional, pero no tenía con quién compartir los frutos de su trabajo. Sin hijos. Sin perspectivas de llegar a tenerlos. Su mejor amigo era un perro. Y la única familia a la que podía considerar como tal ya no estaba con ella, aunque ella no la hubiese olvidado.

—Gracias, abuela —murmuró.

Obviamente, no había nadie más en la habitación. Lady, que había

encontrado un buen sitio debajo de una ventana abierta, levantó la cabeza y gimió en respuesta.

Annie no estaba muy segura de lo que Lady respondía ni de lo que comprendía, pero de una cosa estaba completamente convencida: Lady era una perra lista e intuitiva. —No estoy hablando contigo —la tranquilizó, aunque no estaba segura de qué era más ridículo: que estuviese hablando con un perro... o que estuviese dialogando con una memoria. Evidentemente, los previsores consejos de su abuela la perseguirían hasta la tumba.

Pero todo iba bien, se aseguró a sí misma, porque a pesar de sus extremas diferencias en sus filosofías de vida, Annie sabía que su abuela la había querido y había deseado lo mejor para ella.

Lady abandonó su sitio para seguir a Annie mientras investigaba el baño, luego la siguió pisándole los talones mientras comprobaba los cajones, los armarios y miraba debajo de las camas. Aunque todavía no estaba lista para deshacer las maletas, convenía saber lo que tenía delante. Estaba tratando en serio de hacer caso de los consejos de su abuela, pero por regla general se sentía mejor cuando tenía un plan.

Annie, querida... serías capaz de planificar tu propio entierro.

Annie miró su maleta de camino hacia la ventana. —Hoy no, abuela. Hoy tú eres la protagonista.

Al otro lado de la calle, solo había una hilera de casas entre ella y el océano. Era tarde y la gente quemada por el sol ya estaba empezando a arrastrar sus sillas y neveritas de la arena, tirando de ellas hacia los coches estacionados en la calle, aunque no había mucha gente al final del «último rincón de América». East Ashley se acababa oficialmente a unos 30 metros al noreste de la casa, dando paso a una calzada en mal estado que seguía hasta la playa. Annie podía ver las dunas al final de la calzada agrietada de la que surgían brotes, pero no podía ver la costa.

Miró a dos niños correr detrás de sus padres, saltando a lo largo de la arena caliente y trató de imaginarse a su abuela como una niña despreocupada en la playa, pero no pudo conciliar esa imagen con la mujer adulta que había sacrificado gran parte de su vida para cuidar a su única nieta... especialmente cuando su propio hijo se negó a cumplir su deber.

—Haz lo que te digo —insistiría su abuela—. No hagas lo que yo he

hecho.

Annie soltó un suspiro y se alejó, liberando la cortina para que se meciese con la brisa. Se moría de ganas de sentir arena de verdad entre los pies, no el tipo de arena que podías comprar en Home Depot en bolsas para llenar algunos cajones de arena de diseño para niños, sino arena de playa auténtica, calentada por el sol y blanqueada por el mar.

Con Lady todavía en sus talones, se dirigió a la terraza trasera para comprobar las vistas. A la derecha, más allá de las marismas, vio un faro. Aunque realmente no podía ver el canal que amparaba, ni las propias marismas, sabía que estaban allí. No necesita el agudo sentido del olfato de Lady para sentir el agua que la rodeaba. Estaban literalmente rodeados por ella, desde el Atlántico hasta el río Folly. En los mapas de Google, Folly Beach no parecía ser otra cosa que una lengua de arena unida a la tierra por filamentos; era fácil entender por qué la aclamaban como el "último rincón de América", tanto geográfica como culturalmente. Cuando se cruzaba el puente hacia Folly, inmediatamente se dejaban atrás cincuenta años de progreso. Center Street, la única franja comercial de la ciudad, constaba de edificios de uno y dos pisos, y a Annie le recordaban a las postales de la América de los años 50.

Su abuela realmente había adorado este lugar y hasta el día en que murió no paró de contar historias sobre su niñez en Folly. Ya era hora de que Annie lo viese todo con sus propios ojos... antes de que todas las historias de la abuela se desvanecieran, como ya había ocurrido aparentemente con el río.

Sin dejar de morderse el labio por dentro, Annie contempló la vía navegable que no parecía serlo.

Según el mapa, el río Folly debía estar allí, pero en el extremo posterior del patio, junto a un muelle deteriorado por el paso del tiempo, había un pequeño barco anclado, casi enterrado por la marea baja.

No se reconciliaba con la idea de esparcir a su abuela en ese hilillo de agua y dejarla flotando ahí, en el fango.

Esto podía ser un problema.

Mientras examinaba la necesidad de pensar un plan B, volvió a entrar, se quitó los zapatos y los colocó uno al lado del otro al pie de su cama. Sin decidirse a deshacer las maletas antes de que el señor Heywood volviese,

agarró uno de los libros que había traído y se sentó en una de las profundas y cómodas sillas del pasillo a esperar.

Lady se sentó obedientemente a sus pies y Annie abrió su libro con un suspiro satisfecho y empezó a leer mientras masajeaba la espalda de Lady con sus pies descalzos.

Había leído ya treinta y dos páginas de su libro con Lady tendida a sus pies cuando regresó el señor Heywood. En algún sitio de su mente escuchó el golpe en el piso de abajo, pero no registró el sonido hasta que él ya estaba subiendo las escaleras.

Mierda. Se había olvidado de cerrar la puerta.

—¿Hola?

Una cabeza de color rubio oscuro apareció en el pasillo.

El peso de los pies de Annie impidió que Lady se levantase a saludarlo, pero sí levantó su cabeza dorada.

James Heywood alzó las cejas al mirar a Lady y, demasiado tarde, Annie se dio cuenta de que probablemente daba la impresión de que estaba usando a su perro como reposapiés; bueno, en cierto modo así era. Avergonzada, quitó los pies de la espalda de Lady, que se puso de pie de un salto para saludarle, meneando el rabo frenéticamente.

—Normalmente, no reacciona así de bien a los extraños — dijo Annie, mirando a su perro un poco mosqueada. Se hundió más en su silla y mentalmente echó raíces. Si por ella fuera, no se movería de esa silla ni de esa casa.

Él le guiñó un ojo, un gesto juguetón que parecía dominar con demasiada facilidad. —En realidad ya no somos extraños — señaló él—. no todos los perros pueden verme en pelotas.

Annie se ruborizó.

Afortunadamente, él no parecía advertir que se había puesto roja. Se paró en las escaleras y agarró con las dos manos el hocico de Lady, y lo masajeó a fondo, como si de alguna manera supiera que así era como más le gustaba que la acariciaran. —Buena chica —le dijo arrullándola, mientras dirigía su mirada a Annie, fijándola durante un largo y embarazoso instante antes de volver a prestarle atención al perro.

Era una mirada perfectamente inofensiva, pero su suave sonrisa y algo en la forma en que acariciaba la piel de Lady hizo que Annie se pusiera un poco más roja.

Miró la forma en que se flexionaban los músculos de su antebrazo mientras acariciaba a Lady e imágenes inoportunas se materializaron en su mente.

—¿Cómo se llama?

—¡Dios santo!

La miró bruscamente. —¿Dios santo?

Annie se pasó la palma de la mano por el muslo —Eh, no, Lady.

Él sonrió socarronamente y volvió a prestar atención al perro.

—Perrito bonito.

Dedicó demasiado tiempo a prestarle atención al traidor de su perro, frotándole el pelo, masajeándole, acariciándole, arrullándole. En cierto modo, todo ello solo sirvió para molestar aún más a Annie. Por último, la miró y dijo, —Es un animal increíble. Siempre he querido tener un perro labrador. Esos grandes ojos marrones delatan verdadera inteligencia.

Lady meneó la cola, disfrutando con descaro de ser el centro de atención y sin estar dispuesta a dejar de serlo. Jamie subió hasta el tope de las escaleras, pero mantuvo su mano en la parte superior de la cabeza de Lady, acariciándosela y por un breve instante Annie experimentó una ridícula punzada de envidia.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre la tocó con esa ternura?
¡Mierda, le estaban prestando más atención a su perro que a ella!

—Aquí tiene... —dijo él extendiendo la mano para entregarle un cheque —. Tal y como se lo había prometido.

Annie se incorporó y tomó el cheque, examinándolo. —¿En serio?

—Teníamos un trato, ¿no?

—Sí, bueno..., pero ¡ha sido tan rápido!

—Estoy completamente a su servicio —dijo él, guiñándole un ojo de nuevo; antes de que Annie pudiera preguntarle si tenía algún tipo de problema en el ojo, se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras—. Ahora

está forrada —señaló a medida que bajaba—. Así es que no pierda toda la semana metida en su habitación solo para evitarme. — y antes de cerrar la puerta añadió: —¡Lady no es la única que necesita un poco de sol!

En la parte superior de la escalera, Lady le miró y, una vez que cerró la puerta, se giró para mirar con sus grandes ojos marrones a Annie.

Annie entornó los ojos mirando a su perro. —¿Y él qué sabe?

Lady continuó mirándola con esos ojos oscuros y enternecedores que parecían saber demasiado. Annie cerró su libro de un golpe y lo dejó en el reposabrazos.

—¡Te tendría que haber llamado Benedict! ¿Sabes quién fue Benedict Arnold?

Lady gimió mientras golpeaba su cola de manera nerviosa sobre el piso de madera.

—Fue un traidor —informó a su perro—. Como quien que ya sabemos.

En serio, ¿qué podía saber un tío al que acababa de conocer acerca de sus hábitos al aire libre?



En el camino de vuelta desde el banco, Annie no pudo dejar de mirar al espejo retrovisor para ver lo que él veía. Su piel no estaba realmente morena, pero tampoco parecía un vampiro. Todavía estaba irritada por la burla cuando volvió a casa para encontrárselo tirando de una manguera en el patio de atrás. Su instinto le dijo que siguiese conduciendo, pero dado que la carretera se acababa bruscamente a unos 30 metros y que él ya la había visto, no tenía la intención de demostrarle que tenía razón.

No tenía por qué evitarlo.

¡Ni siquiera le conocía! ¿Por qué demonios pensaba eso? Solo porque él le hubiese hecho un full monty, eso no significaba que ella no pudiese comportarse como un adulto y olvidarlo.

Sin embargo, el problema, precisamente, era que ella era un ser adulto y que hacía demasiado tiempo que había visto a un hombre desnudo; y quizás nunca había visto uno tan bien dotado.

Mierda.

Él se detuvo y esperó a que ella entrase en el camino de acceso y saliese del coche. Lady salió volando y se dirigió hacia él en el mismo instante en que Annie abrió la puerta del coche.

—Chaquetera —murmuró Annie. ¡Nunca se hubiera podido imaginar que alguien pudiese comprar a su dulce y leal Lady con una sonrisa y un cuenco de agua!

Él dejó caer la manguera y se agachó para acariciar a Lady con energía. Annie se acercó a la pareja. Ambos estaban tan absortos en su exhibición de cariño mutuo que ella parecía ser invisible.

Mientras les miraba, tuvo la oportunidad de estudiar a Jamie un poco más de cerca. Él tampoco era exactamente George Hamilton, pero estaba ligeramente bronceado. Su fina camiseta blanca de deporte se pegaba a los músculos de su pecho y era obvio que estaba en forma. Annie tuvo un momento de repentino desconcierto al pensar en deambular en traje de baño por la casa. Ella apenas tenía un pelín de tripa, pero nunca había tenido una tabla de abdominales como los que estaba segura de que había debajo de su camiseta; tampoco le había interesado particularmente la idea de tenerlos... hasta ahora.

Él no parecía ser consciente de que ella estaba ahí, pero la miró en el mismo instante en que ella abrió la boca para llamar a Lady. —¿Ha podido cobrar el cheque?

Por supuesto, ¿cómo no iba a adivinar que ella había ido corriendo al banco a comprobar la autenticidad del cheque? Vale, pero ¿quién no hubiese ido inmediatamente a hacer efectivo un cheque de 3.000 dólares? —Sí.

En realidad, las reglas de buena educación la obligaban a darle las gracias, pero a Annie le molestaba tener que hacerlo. En estos momentos, su abuela habría dejado todo lo que estuviese haciendo para prepararle un pastel e incluso hubiese salido a comprarle algunos calzoncillos nuevos, dado que, aparentemente, no tenía suficientes para usarlos en casa. Pero ese era el problema de los tíos como él; las mujeres siempre trataban de darles gusto.

—De todos modos, gracias por ser tan amable —dijo ella—. El apartamento de arriba es perfecto.

Él dejó de acariciar a Lady y se puso de pie. —¡Me alegra oírlo!

Tenía razón, no quedan habitaciones libres.

—¿Lo ha comprobado?

—Simplemente he hecho una llamada telefónica. Solo hay un hotel en la isla y esperaba, al menos, poder daros a las dos una alternativa, pero me temo que no va a poder ser este fin de semana.

Annie tenía la impresión de tener, de manera súbita, un problema persistente: no podía sostenerle la mirada, pero él no parecía tener ese mismo problema. Jamie la miró a los ojos y sonrió con calidez. Annie se obligó a sí misma a no apartar la mirada, al mismo tiempo que luchaba contra el impulso de proteger su mirada de esos ojos azules penetrantes. Su mirada tenía ese aspecto sureño relajado, que apenas se demoraba un instante demás, pero no lo suficientemente largo como para delatar un verdadero interés.

Sin embargo, el cuerpo de Annie no parecía querer entenderlo. Se limpió las palmas sudorosas con un gesto nervioso en los pantalones cortos. Madre de Dios. ¿Por qué se sentía de repente como una adolescente torpe?

En general, los tíos como él no se interesaban por chicas como ella, se recordó a sí misma. Ella no llevaba faldas ajustadas de Gucci ni tacones de siete centímetros y medio de Manolo Blahnik. Pero era bastante mono. Eso podía reconocerlo.

—Bueno... me alegro de que esté satisfecha —señaló él.

Por supuesto que estaba contento. Ella era un cliente. —Sí... claro, gracias. Bueno, nos tenemos que ir. Empezó a alejarse, esperando que Lady la siguiese.

—Chicas, ¿tenéis planes?

Annie se dio la vuelta para encontrarse a Lady descansando a su lado al mismo tiempo que meneaba el rabo con satisfacción, pero esta vez, él estaba mirando a Annie y había algo en la forma en que la miraba que hizo que a ella se le pusiera piel de gallina en los brazos. Se los frotó con un gesto distraído. —En realidad, no —replicó ella.

La verdad era que Annie siempre tenía un plan. De hecho, si había algo que ella tenía de sobra, eran planes.

Él sonrió, una sonrisa perezosa que le recordaba a Elvis. — Genial. Había pensado en pedirle a Lady una cita... más o menos.

A Annie se le alzaron las cejas. —¿Le quiere pedir una cita a mi perro?

—Más o menos. Quería saber si le importa que la lleve a dar una vuelta en el barco. Es un perro labrador y esta raza adora el agua.

Annie sintió algo parecido a la decepción. Repitió para asegurarse de que había escuchado correctamente: —¿Quiere dar un paseo con mi perro en el barco?

Jamie le dirigió una sonrisa torcida. —Sí... ¿qué le parece?

Annie inmediatamente sacudió la cabeza. Compartir la casa con él podía haberse convertido en parte indispensable de su plan, pero compartir su perro no lo era. —Bueno... no sé... en realidad... ella nunca se ha montado en un barco. Sería su primera vez y no creo que sea una buena idea. —En realidad, sería la primera vez para ambas, pero no iba a admitir que había cumplido treinta y cuatro años sin ver el mar de cerca.

—Tú también puedes venir —la embaucó.

La mera ridiculez de la conversación hizo que a Annie se le escapase una sonrisa. —A ver si me entero: ¿me estás pidiendo que te sujete velas en tu cita con mi perro?

Él se rio, enseñando unos dientes perfectamente blancos. —Dicho así... sí, supongo que eso es lo que te estoy pidiendo.

Annie seguía mirándole, sin saber qué responder. Parte de ella quería aprovechar la oportunidad, pero tenía la palabra «sí» atascada en algún lugar de su estómago. No era simplemente miedo a meterse en el agua por primera vez, era él, algo de él que le hacía sentirse descorazonadoramente fuera de control.

Pero él solo era un tipo que, casualmente, también era el dueño de la casa que había alquilado; y, casualmente también, ella sabía que el abultamiento de sus pantalones cortos no era un acolchado adicional ni un signo de su atracción. Era simplemente su materia prima completamente en su salsa, un estado que a ella le estaba costando muchísimo alcanzar para sí misma.

¿Qué peligro podía haber en aceptar?

—Si no fuera porque me parece descabellado, podría pensar que tienes miedo.

Annie metió las manos en sus bolsillos traseros y enderezó los hombros.

Puso un gesto indignado. —¿De ti?

Él sonrió jovialmente, salvo que no tenía nada de jovial y que Annie nunca había sido tan consciente de un hombre en toda su vida. —En realidad, estaba pensando en mi barco.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¡Todavía no ha nacido el barco que me gane! No entiendo cómo has podido pensar eso.

Él se puso en jarras mientras la escudriñaba, con una postura un poco desafiante. Estaba sonriendo de nuevo. —¿Así es que ya te has subido a un barco?

Annie se sintió un poco acorralada, pero ya había tomado este camino y ahora no iba a retroceder. —¡Por supuesto! —mintió. —Barcos grandes. Barcos pequeños. ¡Me encantan los barcos! dijo ella divagando con un ademán nervioso.

Él se rio. —Muy bien entonces, dame unos treinta minutos para preparar el barco y ven a demostrarlo.

Como si fuesen pequeños y frenéticos pilotos NASCAR, Annie sintió escalofríos que le recorrían la columna vertebral. —Sí, bien... vale. ¡De acuerdo!

Él le dirigió una mirada especulativa. —30 minutos —dijo, como si pensara que era un desafío que ella no podría afrontar.

—¡Está bien! Vuelvo enseguida —declaró Annie y se sorprendió a sí misma sonriendo como una mema cuando se dio la vuelta para entrar en la casa.

No tenía ni idea de lo que había sucedido, pero estaba bastante segura de que él acababa de pedirle que saliera con él.

Vale, abuela, tú ganas —nuevamente— no todo lo inesperado es malo y algunas sorpresas son bastante agradables. Si todavía estás ahí arriba tratando de demostrar que tienes razón, ya puedes parar.

No se le ocurrió llamar a Lady y Lady no fue detrás de ella.

—No te preocupes. Cuidaré de Lady hasta que vuelvas —dijo él.

Inquieta por haberse olvidado de Lady, Annie se dio la vuelta, caminando hacia atrás, asombrada de que Lady se hubiese enganchado a él tan rápido. Lady estaba tumbada bocarriba retorciéndose con satisfacción

mientras él le frotaba el vientre.

Como los niños, los perros tenían muy buen instinto con las personas. Si le gustaba a Lady, probablemente era un buen tipo. —No la pierdas de vista, ¿vale?

Él le dirigió un enérgico saludo de capitán. —Sin problema.

No olvides ponerte un traje de baño.

—Vale.

—¡Cuidado! —dijo Jamie.

Annie se dio la vuelta y se golpeó la mejilla con la columna de la terraza trasera. Dio un grito, la esquivó y se metió rápidamente dentro, sintiendo más herido su orgullo que su mejilla.

CAPÍTULO 3



Arriba, en el cuarto de baño, Annie miró fijamente el espejo, planteándose la posibilidad de ponerse un poco de colorete en las mejillas. Al final, decidió no hacerlo al darse cuenta de que necesitaría algo más que un poco de maquillaje para cubrir el moretón floreciente. De todos modos, solo se trataba de un paseo en barco, ¿no?

Claro.

Treinta minutos exactos más tarde, según su reloj, vestida con pantalones cortos y una camiseta sobre el traje de baño, se dirigió apresuradamente al muelle donde Jamie estaba quitando los amarres. Lady ya estaba en el barco con un chaleco salvavidas.

Él fue lo suficientemente educado como para no mencionar la marca de color rojo chillón en su mejilla, pero su mirada se detuvo allí.

Annie fingió no darse cuenta. —¿Tenías un chaleco salvavidas para perro? Yo ni siquiera había pensado en eso.

—Tengo equipo para todo tipo de seres —dijo él mientras se agachaba para recoger un equipo del suelo. Se lo lanzó a Annie.

—¿Te acuerdas de cómo se ponía?

Annie lo pilló. —Sí, claro.

Pero le empezaron a arder las mejillas cuando empezó a forcejear con el chaleco, tratando de encontrar los agujeros correctos para los brazos. Afortunadamente, si se había puesto roja, probablemente él no podría notarlo.

La miró un momento y luego sonriendo un poco, dejó lo que estaba haciendo y fue en su ayuda.

—Hace mucho tiempo —dijo ella tímidamente.

—Ya me lo imaginaba.

Terminó de cerrarle el chaleco y con un dedo le acarició la mejilla, de una manera tan suave que Annie sintió que un hormiguo le recorría la espalda.

El sol estaba empezando a bajar y el horizonte había empezado a pintarse de color coral rosado, emitiendo un cálido resplandor oscuro sobre las marismas. Era el camuflaje perfecto para su moretón. —Es una tarde perfecta para un paseo en barco, ¿no?

—Sí, claro que sí —Jamie estudió el cielo como lo haría un marinero, de manera deliberada y cuidadosa. Un pelícano marrón se posó al final del muelle y luego despegó de nuevo, aparentemente no muy satisfecho con su audiencia canina a pesar de que Lady simplemente lo miraba con interés. — Esos pájaros forman parte de las especies en peligro de extinción — dijo él, señalando hacia el ave que huía.

—¿En serio? —Ella le vio volar sobre el saladar, escudriñando las marismas en busca de su cena. Era difícil imaginar que algo tan amenazado pudiera parecer tan despreocupado.

Incluso la brisa en este lugar resultada lánguida, cálida y apacible, y parecía que de alguna manera el ritmo de vida de Annie se había desacelerado en el lapso de un solo latido. Ella suspiró, sintiendo una inesperada sensación de tranquilidad que no había experimentado desde que era una niña.

¿Cómo podía ser que solo llevara en Folly Beach unas pocas horas?

Lady permanecía sentada pacientemente en el barco, mirando a sus compañeros humanos con cierto entendimiento canino.

Jamie recogió un par de remos que yacían en el muelle. — Vamos, que mi cita está esperando —dijo él bromeando.

Annie asintió y se dio la vuelta para unirse a Lady.

La marea había subido desde esa mañana, levantando el pequeño barco de remos casi hasta el nivel de la cubierta y Annie se subió con confianza para, inmediatamente, dar un grito de sorpresa. Ocurrió rapidísimamente. El barco volcó. Oyó a Jamie gritar su nombre mientras ella y Lady caían al río, espantando a un montón de pájaros que salieron protestando de los alrededores del pantano.

Por suerte, el agua no era muy profunda.

Escupiendo agua fangosa, Annie se puso de pie e instintivamente buscó a Lady que estaba chapoteando torpemente. Miró a Jamie, mortificada, hasta que vio la mirada en su rostro.

Cambiando rápidamente de una mirada de alarma a una mirada de dolorosa moderación, Jamie estaba tratando desesperadamente de contener la risa.

De pie en el río con el agua hasta la cintura, sujetando entre sus brazos fangosos a Lady que no paraba de sacudirse, Annie no pudo retener un ataque de risa horrorizada.

Como si le hubiera dado permiso, Jamie soltó una carcajada.

Riéndose suavemente con consternación, Annie vadeó el río con Lady hasta llegar al muelle, y con la ayuda de Jamie, levantó y empujó a Lady fuera del agua. Una vez en el muelle, Lady se sacudió vigorosamente, mirando a Annie con desconfianza y se puso fuera de su alcance.

—¿La primera vez que pisas un barco?

Annie sonrió socarronamente. —¿Cómo lo sabes?

Él rompió a reír de nuevo y Annie no pudo culparlo. Muerto de risa, la sacó del agua y ella se planteó sacudirse la capa de lodo como había hecho Lady, pero, en vez de eso, se limitó a quitarse la camiseta empapada. —¡Me siento bastante patética!

—¿Estás bien?

Annie sonrió socarronamente. —Solo me duele mi orgullo.

Lady estaba situada a una distancia segura, mirándola con desconfianza y sacudiéndose de vez en cuando.

Las risas de Jamie se fueron calmando, aunque él no podía borrar la sonrisa de su rostro... hasta que Annie consiguió quitarse los pantalones cortos empapados. —¡Guau! —A Jamie se le dispararon las cejas—. Quiero decir... vaya, estás... estupenda.

Sus miradas se cruzaron con ese inesperado piropo.

A juzgar por el cabello enmarañado de Lady, Annie no podía imaginarse que pudiera estar más despeinada de lo que estaba en ese momento. Tenía barro en brazos y piernas, barro entre sus dedos, y estaba bastante segura de que estaba tan roja como el color de su bikini. Pero él lo decía en serio.

Seguía teniendo ese brillo en sus ojos, pero ella sabía distinguir un piropo de un cumplido. Annie alzó las cejas con sorpresa. —Gracias.

De repente, él empezó a reírse de nuevo, aparentemente recobrando el sentido común.

—Lo siento. De verdad que lo siento. ¿Qué te parece si dejamos el barco para otro día y nos vamos a la playa a que te enjuagues?

Annie sonrió socarronamente. —Sí... no creo que quieras que vaya a casa en este estado. Siento haberte chafado tu cita con Lady.

—Al revés, me has alegrado el día —la tranquilizó Jamie.

Tiró del pequeño barco para lavarlo más tarde con una manguera y juntos se fueron caminando a la playa con Lady deambulando de mala gana detrás de ellos, más cerca de Jamie que de Annie, aunque en ese momento eso no era algo que molestase especialmente a Annie.

A medida que desaparecía el sol por el oeste, el color del cielo se iba volviendo más carmesí y ciruela. Annie estaba segura de que no podía haber planeado una tarde más bonita para un primer chapuzón en el mar. La brisa era agradable, la arena estaba caliente y la presencia de Jamie resultaba extrañamente reconfortante. No es que fuese a suceder algo, se dijo a sí misma, pero si ocurriese algo, tenía la impresión de que, de alguna manera, él era el tipo ideal para tener a su lado.

En la playa, era un placer sentir la cálida arena entre los pies. Annie apenas podía contener su alegría. Llamó a Lady. Lady la miró a regañadientes y permaneció exactamente donde estaba. —Creo que has conquistado a mi perro —le dijo a Jamie.

Él respondió con una sonrisa torcida. —Primera misión cumplida, queda la segunda.

Antes de que Annie pudiese incluso registrar lo que él había dicho, exclamó: —Mira esto. Se detuvo, se puso delante de Lady y se dio una palmada en las rodillas antes de darse la vuelta y correr hacia el agua.

Lady se acuclilló alegremente y ladró, para luego salir disparada detrás de él. Annie observó cómo su perro le perseguía entre las olas y, durante un buen rato, lo miró todo con asombro. Se planteó unirse a ellos, pero toda una vida de prudencia le impidió hacerlo.

En la oficina de gerencia, había cogido un periódico con un titular que decía: «Declaración de guerra». El artículo hablaba de la carabela portuguesa que acechaba en las aguas de Charleston: una medusa de color azul botella con tentáculos urticantes que «colgaban y eran tan largos como las ramas de un árbol». Annie realmente no tenía ganas de encontrarse con uno de esos bichos...

Lady estaba nadando detrás de Jamie sin miedo alguno.

Mientras Annie miraba, él se dio la vuelta y esperó a que Lady le alcanzase para cogerla en brazos, piropeándola sin cesar. Incluso cuando él la tenía en brazos, Lady seguía nadando instintivamente, respondiendo a su afecto con ansiosos intentos de lamerle la barbilla.

No siempre puedes esperar a que llegue momento perfecto, decía la voz de su abuela desde su tumba. A veces tienes que saltar, Annie.

Annie sentía un deseo abrumador de formar parte del momento.

Además, estaba sucia... Es decir, ¿de verdad se estaba planteando volverse de la playa con el aspecto de una croqueta de arena?

—Simplemente hazlo —se susurró Annie a sí misma, y por una vez dejó de pensar en lo que estaba haciendo. Inhaló aire de manera profunda, desterró todo pensamiento de su cabeza y corrió a unirse a ellos.

Nunca se había divertido tanto desde que era una niña.

Pasaron aproximadamente una hora retozando entre las olas. Y para alivio de Annie, no avistó ni una sola carabela portuguesa, ni siquiera en medio de la maleza de algas pardas que rodeaban su tobillo.

Jamie le enseñó a buscar conchas marinas con forma de dólar y le mostró donde ponían sus huevos las tortugas bobas. Los nidos detectados estaban marcados, pero, al parecer, una tortuga boba mamá había despreciado la costa invadida por turistas para depositar sus crías en un lugar poco frecuentado de la playa. El sol poniente proyectaba una luz melancólica sobre las huellas frescas que iban directamente del mar a un montículo en la arena y luego de vuelta al océano, pero no se podía ver a la tortuga.

Cuidadosamente, Jamie descubrió el nido de la tortuga boba de manera que Annie pudiese ver una gran cantidad de huevos del tamaño de una pelota de golf.

—¡Vaya! ¡Toma rivalidad entre hermanos! —comentó Annie.

Él la miró con curiosidad. —Has hablado como hija única.

Annie se preguntó cómo podía saberlo, pero antes de que pudiera preguntar, añadió: —Tardan unos treinta y tantos años en que se les despierte el instinto maternal, pero cuando lo hace, viajan de vuelta a anidar en la playa donde fueron incubadas.

—¿Como el salmón?

—Sí, supongo... como el salmón.

Lady olfateó el nido y Jamie volvió a cubrir los huevos con arena. —La gente por aquí intenta mantener la playa lo más oscura posible por la noche. —le dijo guiñándole un ojo—. iluminación ambiente, si lo prefieres. Y a veces tienen que venir y trasladar los huevos a una nueva ubicación para mantenerlos a salvo de la marea. Aquí hay tanta erosión que ni siquiera es necesario que se produzca un desastre natural; el año pasado el huracán Irene se llevó consigo al mar unos diez nidos o más. Cuando llegan a este punto, todos los huevos cuentan.

Annie le miró mientras acariciaba cuidadosamente la arena. —¿La madre no los cuida?

Él se levantó y tomó un pedazo de cinta naranja de un nido cercano y un palo, y ató la cinta alrededor de la punta como una bandera de aviso, mirándola mientras lo anudaba. —No, ella pone los huevos y se vuelve al mar, dejando que otros cuiden con ellos —Jamie plantó la bandera junto al montículo—. No la hemos visto por los pelos. Normalmente, no suelen merodear hasta después del anochecer. Estoy seguro de que alguien ya habrá llamado, pero llamaré al conservador de tortugas cuando lleguemos a casa.

Annie miró fijamente el nido y sintió una extraña emoción.

—No te pongas triste —dijo él—. Llevan haciendo esto desde hace más de ciento setenta y cinco millones de años y, créeme, hay mucha gente por aquí que se hace cargo con gusto de ellas.

Abandonaron el nido y caminaron hacia la playa, pero Annie no podía quitarse de encima el sentimiento de melancolía después de haber destapado el nido de la tortuga. Se lo atribuyó a la tarea que todavía tenía pendiente, pero una parte de ella sabía que era algo más.

Lady permaneció cerca de Jamie mientras caminaban a lo largo de la playa. Annie estaba segura de que estaba respondiendo a esa energía de macho alfa que emanaba Jamie sin siquiera tratar de hacerlo.

A diferencia de la franja de arena que acababan de dejar, la orilla occidental estaba repleta de niños; todos ellos estaban correteando por todos lados, buscando conchas, chapoteando en el agua y gritándoles a sus padres que fueran a mirar los tesoros que el mar había depositado a sus pies.

—A este lugar lo llaman el Washout —le dijo Jamie a Annie cuando llegaron a lo que parecía ser precisamente eso: una carretera destrozada y el abrupto final de una hilera de casas. Jamie se paró un momento, sin dejar de mirar el océano. — Muchos buenos surfistas vienen aquí. —Durante un momento, se olvidó por completo de Annie y concentró toda su atención en el océano—. Demasiada gente hoy.

—¿Eres surfista?

Él asintió. —Hago un poco de surf. —Jamie se recompuso y se corrigió a sí mismo—: En realidad, es la razón principal por la que estoy aquí, así es que supongo que se puede decir que lo hago tan a menudo como puedo. Pero no sé por qué pensé que este fin de semana podría ser bueno para hacerlo. — Jamie miró a Annie y pareció estudiarla durante un largo momento—. A veces hay que fiarse del instinto... ¿sabes a qué me refiero?

Annie no tenía ni idea. Su voz interior solo funcionaba bien con los «te lo dije». Pero, de todos modos, asintió y se sentó en la arena, entrecerrando los ojos para mirarle. —Mi abuela sí que sabía vivir utilizando su brújula interna.

Lady se dejó caer al lado de Annie, olfateando el aire salado.

Jamie se sentó junto a ella. —¿No como tú?

Annie arqueó las cejas. —¿Y por qué dices eso?

—Siempre llueve sobre mojado —le respondió. Jamie deslizó la mano debajo de su camiseta y tiró de ella para pasársela por la boca. —¿Teníais una relación muy estrecha?

—¿Mi abuela y yo? Muy estrecha. Ella me crio. Mi madre y mi padre se divorciaron cuando yo tenía 9 años. Mamá murió cuando cumplí 10 años. Yo no conocía mucho a mi padre, aunque, supongo, que formaba parte de mi vida. Mi abuela se trasladó a Nashville para cuidarme, pero creo que lo hizo

esperando que mi padre dejase de tratar de convertirse en el próximo Hank Williams, por lo menos durante el tiempo suficiente para conocer a su hija.

—¿Y él nunca lo hizo?

Annie recogió una pequeña concha, la inspeccionó y luego la arrojó lejos. —No.

Él asintió y preguntó sin rodeos. —¿Cuándo murió tu abuela?

Quizás Jamie era un pelín demasiado intuitivo.

Annie esquivó su mirada. —Hace unos seis meses. — Independientemente de lo cómoda que pudiese sentirse con él, había algunas cosas que no quería compartir. Annie cambió de tema—. De todos modos... ¿Por qué lo llaman el Washout?

Él se volvió nuevamente a mirar hacia el mar. —Por desgracia, no es una historia agradable. Justo aquí donde estamos sentados solía haber una hilera de casas... El huracán Hugo se las llevó todas, junto con la carretera..., sin el más mínimo esfuerzo, de manera muy parecida a la forma en que Irene se llevó aquellos huevos de tortuga. Después, el panorama cambió radicalmente..., pero se ha convertido en un lugar excelente para surfear cuando el viento es bueno.

Inquieta, Lady se levantó y olisqueó la arena a los pies de Jamie.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevas viniendo a surfear?

—Toda mi vida. Crecí aquí. —Por un momento, dio la impresión de que Jamie la estaba examinando, como si estuviese pensando qué más decir. Y luego dijo de manera muy prosaica—: Mi casa fue una de las casas que Hugo se llevó al mar.

Annie arqueó las cejas. —¿Y compraste otra aquí? Me parece... — quería decir estúpido, pero se lo pensó mejor—. temerario.

Jamie la examinó de nuevo, pero Annie no podía leer sus pensamientos detrás de esos inquietantes ojos azules. Después de un momento, Jamie señaló: —En realidad, tengo varias casas. La vida está llena de riesgos, Annie. A veces es necesario saltar.

A Annie le dio un vuelco el corazón al oír las palabras de su abuela salir de su boca.

Jamie seguía mirándola. —Supongo que me parezco bastante a esas

tortugas marinas —señaló—. No importa lo lejos que vaya, siempre vuelvo a casa —dijo riéndose—. De todos modos, si tengo varias casas, es más probable que me pueda quedar una antes de que la alquilen.

Annie se dio cuenta de que se estaba burlando de ella, pero tenía la cabeza llena de preguntas. ¿Cuántos años tenía? ¿Era posible que hubiese conocido a su abuela? ¿Dónde estaba la casa en la que había vivido su abuela? ¿Podría haber estado también ahí... en el Washout? ¿Era ahí donde Annie debía esparcir las cenizas de su abuela en lugar de hacerlo en el muelle? —¿Te dice algo el nombre de Marion Greaves?

Jamie pensó un momento y luego sacudió la cabeza. —No que yo recuerde. Jamie agarró un pequeño cascote y lo arrojó a las olas. Lady corrió detrás, olfateando el agua donde amerizó. Lo olfateó, intentando recogerlo cuando la marea se retiraba para luego retroceder cuando volvía a avanzar, mojándole el hocico.

—Mi abuela vivió en Folly la mayor parte de su vida —reveló Annie, con los ojos un poco húmedos... quizás por la brisa salada—. Ella siempre habló de regresar..., pero nunca lo hizo.

—¿Dónde vivía exactamente? ¿Lo sabes?

Annie se encogió y se puso de pie, y de repente se sintió extremadamente desnuda y consciente de su diminuto traje de baño. —No estoy segura. Oyes... hace un poco de frío aquí. ¿No deberíamos irnos?

Él no se inmutó. Simplemente siguió allí sentado mirándola, con el pelo rubio oscuro alborotado por la brisa.

Annie no podía estarse quieta, y se frotó la arena de la palma de la mano en el muslo.

—Solo si aceptas cenar conmigo esta noche.

Se frotó los brazos con timidez, mirando a Lady. —Ohh, no sé...

—Venga... me debes una. Es lo menos que puedes hacer, dado que me has sacado una semana de alquiler.

Annie abrió la boca para protestar. Jamie estaba bromeando, por supuesto, (Annie podía ver el brillo en sus ojos), pero la verdad era que él se había hecho la faena a sí mismo cuando decidió venir a Folly el fin de semana del 4 de julio. No obstante, le estaba dejando quedarse en su casa sin

pagar y una cena era una compensación bastante barata. —¿Y qué hacemos con Lady?

—También puede venir... Esto es Folly. A nadie le importa... y conozco el sitio ideal. ¿Te gustan las ostras?

—Sí...

Jamie le lanzó una mirada escéptica. —¿Las has comido antes? ¿Verdad?

Annie se rio. —Con más frecuencia de la que me he subido a barcos —aseguró Annie alzando una ceja—. De manera que, después de todo, ¿has encontrado una forma de que os sujete una vela?

Jamie por fin se puso de pie, sonriéndole.

El viento azotaba el pelo de Annie en su cara y él acercó una mano para apartarlo, pero en realidad no llegó a tocarla. —Yo creo que en este momento es más bien al contrario... Yo diría que es Lady la que va a sujetar una vela. ¿Crees que le importará?

Annie se sentía confundida por la extraña sensación de intimidad. Se rio de manera un poco incómoda. —¿Por qué no se lo preguntas a ella...? La tienes prácticamente en tu trasero.

Él se rio y le dijo en broma: —¡Mierda! Esperaba que fueras tú, pero debería haberlo sabido porque tienes los brazos más cruzados que un nudo marinero. Venga, vamos a ponerte encima algo de ropa.

Annie no estaba segura de cómo aceptar el piropo, ni siquiera si debía hacerlo. Afortunadamente, a él no parecía importarle si lo hacía. Jamie echó a andar delante de ella, una vez más prestando atención a Lady, recogiendo un pedazo de madera flotante y lanzándoselo.

Nada de todo esto era territorio familiar para Annie. Esta situación exigía un nuevo conjunto de reglas... reglas que tendría que ir improvisando sobre la marcha. Annie se puso rápidamente en marcha detrás de ellos, dejando a Lady entre Jamie y ella. —Entonces, ¿adónde vamos?

Jamie se volvió para guiñarle un ojo y dijo: —Es una sorpresa.

CAPÍTULO 4



La vida está llena de riesgos, Annie.

A veces es necesario saltar.

Estas palabras sonaban como una letanía en la cabeza de Annie. Era como si su abuela hubiese enviado a Jamie a susurrarlas en su oído, y ella no podía determinar con exactitud si se trataba de un encuentro fortuito... o simplemente molesto.

En su habitación, Annie por fin tuvo tiempo para deshacer la maleta mientras Jamie le daba a Lady un baño muy necesario. Jamie se había ofrecido voluntario, y dado que Lady probablemente terminaría pasando la noche en su cama, Annie no estaba dispuesta a negarse.

En el fondo de la maleta de Annie había una bolsa de terciopelo azul.

Cautelosamente, Annie la sacó de la maleta y la puso sobre la cama, dejando el cordón dorado bien cerrado. Dentro de la bolsa, en una urna de plata, estaban las cenizas de su abuela. Annie la había traído a casa. Pero no se trataba solo de un homenaje a su abuela. En alguna parte recóndita de su ser, Annie comprendía la importancia de cerrar etapas y sabía que eso era precisamente lo que su abuela quería desesperadamente para ella: que se independizase de su pasado. Las malas relaciones. Los recuerdos de sus padres. Todos sus planes. Esa había sido en parte la razón por la que había elegido el 4 de julio para llevar a cabo su misión, y cuando vio la casa en el anuncio, con los números de la casa de color azul chillón en armonía con el color de esa festividad, tuvo la impresión de que se trataba del destino. Había llegado la hora de vivir el momento y el esparcimiento de las cenizas de su abuela era un acto simbólico de libertad para ella, salvo por el hecho de que todavía no se había hecho por completo a la idea.

Independientemente de los esfuerzos que hiciese, todavía parecía necesitar controlar su mundo. Pero lo que más le molestaba no era siquiera la

rigidez de su vida. Era su respuesta natural en contra lo que era desalentador. Incluso Lady había empezado a responder: desde el instante en que Annie le había dado un poco de libertad, se había encariñado con otra persona. Lo cierto era que, si Annie examinaba sus relaciones pasadas, todas ellas habían empezado bastante bien y luego se fueron deteriorando lentamente. Pero, en realidad, el problema nunca fue que Annie tratara de controlarlas... sino, más bien, que no era capaz de relajarse. No obstante, el efecto parecía ser prácticamente el mismo. No podían esperar a largarse y ese resultado inevitable solo hacía que Annie intentase retenerlas aún más. Se trataba de un ciclo disfuncional al que Annie quería poner fin con desesperación.

¿Tal vez Jamie era el punto perfecto para empezar?

En realidad, ¿qué más daba? Por una vez, Annie podría simplemente permitirse disfrutar de cada momento, sin preocuparse por lo que podía ocurrir y sin mantenerse a raya por miedo a lo que pudiese ocurrir.

Annie todavía estaba dándole vueltas a esa pregunta mientras bajaba las escaleras, vestida con un vestido con cuello halter abotonado de color naranja intenso y un par de sandalias blancas de tacón bajo. El moreno de su cara, junto con un poco de maquillaje ingeniosamente utilizado, escondían el creciente moretón de su mejilla.

—¡Increíble! —dijo Jamie mientras ella bajaba las escaleras. Jamie miró a Lady, hablando directamente con el perro en un tono de conspiración que hizo sonreír a Annie. —De repente, tengo la impresión de que debería haber utilizado un jabón más elegante.

Lady ladeó la cabeza, tratando de entenderle y gimió lastimeramente.

Annie puso los ojos en blanco y se rio. —Eres tonto —le dijo—. Pero, muchas gracias.

A Annie le asombraba que él nunca se parase a reflexionar sobre lo que estaba a punto de decir. Desprendía un sencillo aire encantador que acompañaba a esa actitud. Annie la envidiaba.

La llevó a un sitio en Bowen Island, una pequeña isla situada no muy lejos de Folly. El restaurante era, como diría la mayoría de la gente, un antro, pero con la comida más alucinante que Annie había probado en su vida. Se sentaron fuera, cerca del arroyo, donde amontonaron literalmente la comida sobre su mesa: sin platos, ni tenedores, pero, gracias a Dios, ¡con muchas

servilletas! Annie probó algo llamado estofado Frogmore, que, en opinión Annie, no contenía ni una sola rana. Pero ello lo hubiera devorado de todas formas. Estaba buenísimo.

Jamie le enseñó a abrir las ostras como una profesional (cuáles tenía que tirar y cómo abrir aquellas que custodiaban un tesoro, como Fort Knox lo hacía con el oro) deslizando su cuchillo para ostras justo debajo de la valva superior y girándolo como si estuviese abriéndola con una ganzúa. Se lo estaban pasando aún mejor que en la playa, especialmente Lady, que recibió de manera clandestina (aunque no tan encubierta) su porción de comida debajo de la mesa de Jamie.

Aunque nada de ello formaba parte del plan original de Annie, los tres pasaron casi todas las horas del día juntos.

El lunes, Annie se fue de compras, dejando a Lady en casa a regañadientes echando una siesta mientras Jamie se iba a surfear. Se había levantado viento y Jamie no quería perderse la oportunidad de aprovecharlo.

En uno de los pequeños comercios de la calle Center, Annie compró una campanilla hecha con conchas (sin tener ninguna idea de dónde la pondría), una camiseta rosita en la que ponía «Folly Girl» (y que no era, para nada, su estilo) y un vestido sin tirantes de esos que están hechos mediante un proceso de teñido y nudos de color naranja, marrón y blanco que, en su opinión, podría gustarle a Jamie. Cuando empezó a preguntarse si tenía sentido comprar un vestido para un chico que acababa de conocer (y solo por el hecho de que él había piropeado su otro vestido naranja), se dirigió directamente a la caja registradora, poniendo fin a sus pensamientos y sacando su tarjeta de débito. Después de todo, tenía tres mil trescientos dólares de más.

El martes, Annie llevó a Lady atada con correa al Washout a ver a Jamie surfear. El viento soplaba con fuerza y la arena escocía cuando le azotaba el rostro, pero a Annie le daba completamente igual. El sol brillaba, el cielo estaba bastante despejado y Annie no podía recordar haber pasado un momento más feliz en toda su vida, rodeada de risas y niños pequeños correteando por todos lados y jugando a darse con pequeñas palas de plástico de color rojo y azul en sus espaldas bronceadas.

Jamie se cayó de la tabla y a Annie le dio un vuelco el corazón.

Por sus movimientos podía adivinar que no estaba especialmente

contento. Jamie la divisó y salió del agua con su tabla de surf de color naranja debajo del brazo. La dejó caer en la arena a su lado. Era la primera vez que Annie le veía realmente irritado. —¿Has visto cómo se me ha echado ese tío encima?

Annie levantó las cejas y se encogió de hombros. No tenía ni la más mínima idea de qué estaba hablando.

—¡Lo dejo por hoy! ¡Demasiados chiflados! Solo entonces me entra cague. Bueno, ¿quieres ver fuegos artificiales?

Annie se protegió los ojos con una mano mientras le miraba, admirando que pudiese deshacerse de su mal humor tan rápido. —¿Por qué? ¿Vas a darle a alguien?

Él se rio. —En realidad, no. Me refería a esta noche. Conozco un sitio estupendo para ver la mejor pirotecnia de Charleston.

A Annie le sorprendió gratamente que él no pareciese estar todavía ni siquiera un poco harto de ella. —¡Me parece genial!

Cuando se sentó junto a ella y se inclinó para susurrarle al oído, a Annie le dio un pequeño vuelco el corazón. —No quiero herir los sentimientos de quien tú ya sabes, pero para esta noche estaba pensando en una cita de nosotros dos solos.

Hasta ahora, todo había sido muy agradable, con un poco de coqueteo, pero completamente platónico. Sentir su cálido aliento contra su piel hacía que a Annie le saliera piel de gallina, pero no de la ocasionada por el viento. Tragándose el bulto que se le formó en la garganta, Annie se giró para mirarle a los ojos.

Jamie esperaba su respuesta, mirándole la boca y esperando ansiosamente a que ella se pronunciara.

Sus caras estaban tan cerca que la más mínima inclinación hacia adelante podría juntar sus labios. Annie aguantó la respiración y no se apartó. Él tampoco lo hizo, pero tampoco la besó.

Seguía esperando.

—Vale, —dijo Annie por fin.

—¡Genial! ¿Vino tinto o blanco?

Seguía mirándole los labios. —Tinto —dijo Annie, y se atrevió a

acercarse un pelín mientras el corazón le latía con fuerza. Annie esperó durante lo que le pareció una eternidad mientras que la gente pululaba a su alrededor en un desenfreno de movimiento, esperando a que él la besase. Pero él sonrió con dulzura y se separó, se puso de pie y se sacudió la arena del cuerpo, teniendo cuidado de no sacudirla en el rostro de Annie. —Pasaré a buscarte a las seis. Todavía tengo que hacer algunos recados.

Decepcionada, Annie ni siquiera tuvo la oportunidad de responder.

Jamie cogió su tabla, se la colocó debajo del brazo y se fue corriendo por la playa.

Lady se puso de pie de un salto y ladró mientras él se alejaba.

Afortunadamente, Annie seguía sosteniendo la correa. Extendió el brazo para acariciar el lomo de Lady y soltó un profundo suspiro. —Sí, es demasiado encantador —dijo y se puso de pie para llevarse a Lady a casa.



Como había prometido, Jamie apareció a las seis con una cesta y un gigantesco hueso de cuero para Lady. —Es para que se distraiga —explicó y antes de que ella pudiera protestar que quizás no deberían dejarla a solas con un hueso con el que podría ahogarse, cogió la mano de Annie y se la llevó hacia la playa.

—Seguramente ya te habrás dado cuenta de que esta parte de la playa suele estar tranquila casi siempre —dijo Jamie—. La gente del lugar viene aquí a pescar, pero no se puede nadar debido a las corrientes. Ahora todos están quemados por el sol y de regreso a casa, de manera que tendremos la playa prácticamente para nosotros. —le dijo guiñándole un ojo—. Puede que incluso tengamos suerte y veamos a una tortuga poniendo su nido.

Pasaron los restos de un antiguo edificio. Todo lo que quedaba era un fundamento de piedra que se había convertido en un lienzo para los grafiteros. —¿Qué es eso?

—Parte de una estación abandonada de guardacostas de la Segunda Guerra Mundial.

Annie empezó a quitarse las sandalias. —No, espera a que lleguemos a la arena. Aquí hay unos erizos asesinos. Si te pinchas con uno el pie, gritarás tanto que espantarás a todas las tortugas y tendrás toda la responsabilidad de su extinción —le dijo guiñándole un ojo.

Annie sonrió y se dejó los zapatos puestos. En realidad, tenían un pequeño paseo. Más allá de las dunas, esa parte de la playa estaba casi desierta y rodeada de rocas. En la barrera de rocas había un pescador solitario sin camisa, con los hombros achicharrados, calzado solo con un par de botas de goma, mientras que lanzaba en repetidas ocasiones el hilo de la caña y lo rebobinaba.

Jamie cogió a Annie de la mano y la llevó hasta la cima de una duna; luego puso la cesta en el suelo, extendió una manta y le hizo un gesto a Annie para que se sentase. —En realidad, nunca había invitado a una chica a un pícnic, así es que me tendrás que perdonar si no lo hago bien.

Annie se rio divertida. —Entonces, estamos empatados —dijo Annie—. Yo nunca he ido de pícnic.

Jamie ladeó la cabeza y dijo con una mueca exagerada: —Eh... ¿de verdad? Bueno, supongo que tendremos averiguarlo juntos. Mira... Te he traído esto.

Annie se echó a reír cuando Jamie sacó otro hueso. —No, no, esto solo lo he traído en caso de que Lady se hubiese puesto a gemir y hubiésemos tenido que traerla. —Volvió a meter la mano en la cesta—. ¡Esto es lo que te he traído!

Esta vez sacó un precioso chal de ganchillo multicolor y se lo puso alrededor de los hombros. Volvió a meter la mano en la cesta sin esperar a ver su reacción.

—No estaba seguro del color que ibas a llevar esta noche, así es que elegí algo que fuese con todo.

Annie contuvo la respiración mientras admiraba el regalo. — Muchas gracias —dijo ella, acariciándolo. Le picaban los ojos un poco y Annie pensó que estaba siendo excesivamente sensible, pero no podía recordar la última vez que alguien le había regalado algo distinto de una tarjeta de cumpleaños. Su abuela la había sorprendido a menudo con su comida favorita o con un gesto bonito, pero la mayor parte del tiempo que habían vivido juntas no les había sobrado el dinero. Las cosas solo empezaron a cambiar cuando Annie puso su propio negocio de diseño, pero, por aquel entonces, era Annie la que hacía la mayor parte de los regalos.

—Y esto...

Jamie sacó una botella de cabernet Silver Oak, que procedió a abrir para, a continuación, pasarle la botella a ella. —Sostenla un momento, por favor — dijo mientras sacaba dos copas de vino tinto y le daba una a Annie. Annie estaba un poco aturdida por las molestias que Jamie se había tomado esa noche. No se lo había esperado. Jamie cogió la botella y llenó cada copa a medias. Luego volvió a colocar la botella de vino en la funda de la cesta y levantó la copa. —¡Por las sorpresas inesperadas!

Annie no podría haberlo dicho mejor. —Por las sorpresas inesperadas — afirmó Annie y, de repente, se dio cuenta de que lo pensaba de verdad.

Estuvieron sentados durante horas, hablando, mientras el sol se replegaba por el oeste, tiñendo el cielo de una bonita mezcla de tonalidades oscuras. Parecía como si alguien hubiera tomado cubos de pintura roja, naranja, azul y violeta, y los hubiese arrojado sin ton ni son en el horizonte, cubriendo el cielo de colores entremezclados... como un lienzo de Van Gogh, pero al mismo tiempo con el detalle intrincado de Da Vinci.

—Este es el punto más alto de la playa —explicó Jamie—. Desde aquí podremos ver los fuegos artificiales en el centro urbano y los de Folly.

—Es precioso —dijo Annie.

—No tan precioso como tú —respondió Jamie. Y sin esperar una respuesta, le preguntó: —¿Ves dónde está ese faro? Justo detrás está la isla de Morris. Solía estar en medio de tres islas. Ahora está a unos 305 metros de la costa. Eso demuestra lo enmarañadas que son las corrientes. Con el paso del tiempo, han cambiado completamente el paisaje del canal. Este es el motivo de que haya todas estas rocas aquí. Para evitar que el océano se trague a Folly.

Señaló una zona mar adentro donde las olas rompían, arremolinando olas de cresta blanca. —Siempre he querido surfear ahí; no me puedo imaginar una sensación más cerca al cielo. Hay una línea divisoria muy fina entre la vida y la muerte, y creo que todos los surfistas anhelan en cierta medida conquistarla.

Annie abrió los ojos como platos. —¡Pero eso suena muy peligroso!

Jamie se rio. —Nooo... solo es peligroso si no sabes lo que estás haciendo o si tomas malas decisiones. Son tíos como el de hoy los que causan problemas a los demás... y quienes no leen las señales que dicen «prohibido

nadar, corrientes peligrosas».

Annie le miró estudiándolo. En su ceño no se dibujaban arrugas de preocupación, ni siquiera ligeras arrugas, a pesar de que tenían más o menos la misma edad. En su rostro solo se podían ver algunas arruguitas debidas a la risa, que se dibujaban de manera profunda en sus mejillas. Incluso se podría describir su rostro como guapo, salvo que la línea de su mandíbula estaba marcada, y su nariz y labios no eran delicados. Tenía una fortaleza que era aún más evidente en la profundidad de sus ojos. Annie admiraba que pareciese estar tan a gusto consigo mismo y con su vida. —¿Nunca te preocupa hacer... o decir algo equivocado?

Jamie sacudió la cabeza, ni detenerse siquiera a considerar su pregunta. —No. Creo que lo que no te mata te hace más fuerte.

Annie se estremeció. —Supongo que no soy tan valiente.

Jamie la miró con curiosidad. —Por supuesto que sí que lo eres. Tomaste la decisión de quedarte en una casa con un tío que no conocías y al que acababas de conocer, y ni siquiera te tomas la molestia de cerrar con llave tu puerta por la noche. ¿Qué te hizo pensar que no habría ningún problema?

Annie parpadeó sorprendida. —¿Intentaste abrir la puerta?

—La primera noche —confesó Jamie—. Lady estaba gimiendo y la dejé salir a hacer pipí y luego la dejé volver a entrar.

Annie sintió que se sonrojaba un poco. Bebió tímidamente su vino. —No fui muy inteligente, ¿verdad?

Jamie se encogió de hombros. —Estás bien, ¿no? Te atreviste y ahora nos estamos divirtiendo... y quizás nos gustemos algo más de lo normal, ¿no?

A Annie se le escapó una sonrisa involuntaria y trató de ocultarla, moviendo el vino dentro de la copa. —Puede ser.

Jamie la estudió durante un momento y dijo: —A veces tenemos que dejar de analizar el pasado, dejar de planificar el futuro, dejar de examinar con exactitud qué es lo que sentimos, dejar de decidir lo que queremos y ver qué sucede.

Annie no podía dejar de mirarlo, estupefacta por el consejo.

—Eso es muy bonito.

—Sí... bueno... el mérito no es mío.

—¿En serio? ¿Quién lo dijo?

Por primera vez, le vio sonrojarse. —Creo que pudo haber sido el personaje de Sarah Jessica Parker en *Sexo en Nueva York* — replicó Jamie y a Annie le dio un ataque de risa.

Siguieron riéndose mientras se acababan una segunda botella de vino entre los dos. Jamie había traído uvas y queso, y se comieron unos sándwiches mientras esperaban a que empezaran los fuegos artificiales.

Annie se tumbó sobre las mantas y miró hacia el cielo oscurecido, sintiéndose un poco culpable para haber convertido ese viaje en una «fiesta personal». Pero no podía seguir aplazando la cuestión de su abuela para siempre. Mientras pensaba dónde podía esparcir las cenizas de su abuela, preguntó: —¿Alguna vez has pensado en lo que hay más allá?

—Algunas veces —admitió Jamie—. Pero estoy más interesado en el aquí y ahora. Aunque... creo que estamos todos conectados de alguna manera... y que el universo es como una máquina perfecta... en la que cada engranaje funciona a la perfección.

Annie irguió la cabeza. —¿Como un diseño perfecto o un plan maestro?

Jamie se lo pensó y asintió. —Quizás... pero no sé si creo en planes o incluso en el destino. Tal vez más en un pequeño equipo de fútbol formado por átomos disparados que juegan un partido.

Annie trató de visualizar su concepto. Frunció el ceño. — ¿Quién es el entrenador? ¿Jugamos todos en el mismo equipo?

Jamie se pasó los dedos por el pelo como un niño pequeño frente a un rompecabezas que no puede resolver. —No tengo ni puñetera idea. Pero creo que, si jugamos en el mismo equipo, podemos ganar. Si no lo hacemos, perderemos.

Annie trató de no reírse. —Es el pensamiento más profundo que he escuchado... o la chorrada más grande...

Jamie se giró y la miró. —Seguramente es una chorrada de bar de copas. Pero de una cosa estoy seguro, Annie...

—¿De qué? —Annie divisó el primer fuego artificial en el cielo por

encima de su cabeza, pero no dijo nada. Si él no lo había oído, ella no quería estropear el momento.

Por encima de todo, quería que la besara ahora.

Su corazón latía con tanta fuerza que parecía ahogar los fuegos artificiales.

En ese momento, Annie estaba absolutamente segura de que él la había llevado allí para seducirla y estaba dispuesta a dejarse seducir. De hecho, nunca en su vida había tenido tantas ganas de sentir a un hombre dentro de ella.

—Creo que las tortugas bobas lo han comprendido perfectamente —le susurró.

Annie alzó las cejas.

Eso no era lo que esperaba oír.

—¿En serio?

—Ajá. Escuchan a su sonar interior que las lleva de vuelta a casa... de manera que sus bebés puedan nacer en esta hermosa playa. —Y dicho eso, colocó su cabeza sobre el pecho de Annie y se quedó muy, muy quieto.

Después de un rato, Annie escuchó su respiración suave.

Tardo otro rato en darse cuenta de que se había quedado dormido. Annie no se movió. Permaneció tumbada e inmóvil, sintiendo el peso de su cabeza con cada ascenso y caída de su pecho mientras que unos fuegos artificiales espectaculares les rodeaban, iluminando el cielo con un festival de colores.

Annie deslizó la mano alrededor de su cuello y sintió los fuertes latidos de su corazón debajo de sus dedos. Luego suspiró con la convicción de que en ese momento no había ningún otro lugar en la tierra en el que prefiriese estar.

CAPÍTULO 5



A la mañana siguiente Annie esperaba encontrarse a Jamie con resaca, pero había salido temprano. Su tabla de surf tampoco estaba allí. Annie supuso que había salido a surfear, a pesar de la resaca. Él había bebido bastante más vino que ella.

Era el 4 de julio.

Las 11.00 horas.

Pese a lo mucho que disfrutaba de la compañía de Jamie, apenas le quedaba tiempo para hacer lo que había ido a hacer y realmente necesitaba intimidad para hacerlo. Annie dejó a Lady en su cuarto en la planta superior y se dirigió al muelle donde el barco seguía amarrado. Era un barco pequeño, probablemente fácil de manejar y el río no parecía tan peligroso. Estaba claro que no era profundo.

La vida está llena de riesgos, Annie.

Su abuela se lo merecía.

Asegurándose de que los remos estuviesen en el barco, colocó con cautela la bolsa de terciopelo azul dentro y maniobró el barco en el agua. Annie encontró los chalecos salvavidas exactamente donde los habían dejado. Tratando de recordar la manera en que Jamie se lo había colocado a ella, Annie se puso el suyo y con mucho cuidado se subió al barco.

Por regla general, Annie cometía pocos errores, porque, en general, no solía hacer nada sin pensárselo antes mucho, pero cuando cometía un error, Annie aprendía de él.

Una vez que tomó posesión del barco, agarró los remos y remó río abajo. Tardó más o menos una hora en volver y cuando lo hizo se encontró a Jamie caminando de un lado a otro del muelle.

—¿Dónde demonios has estado?

A Annie le sorprendió que él pareciese estar tan enfadado. Su intención

no era ser impertinente, pero tampoco estaba dispuesta a revelar sus asuntos privados. —Haciendo turismo — le respondió con una sonrisa—. ¿Por qué?

—¿No te das cuenta de lo peligroso que es? ¡No tienes ni idea de cómo manejar ese barco!

Annie pensó que lo había manejado bien.

Tardó un rato en hacerse con los remos, pero tampoco es que hubiese tenido que lidiar con verdaderas corrientes. Cada vez que el barco había comenzado a desviarse de su rumbo, un ligero empujón hacía el litoral lo había enderezado. Mientras él la miraba enojado, Annie guio cuidadosamente el barco hacia el muelle.

Jamie ni siquiera se molestó en esperar a que ella le demostrara lo bien que se las apañaba. Se arrodilló y agarró un lado del barco para acercarlo lo suficiente y amarrarlo al atraque. Luego la ayudó a salir, sacándola del barco con bastante brusquedad.

Annie agarró la bolsa azul con fuerza para evitar que se cayese al río. — ¡Mierda! ¿Por qué estás tan enfadado? ¡Pensaba que eras partidario de arriesgar!

—¿Cuando hablaba de arriesgar me refería a mí, no a ti! ¿Se te ha ocurrido pensar lo mal que yo podría sentirme si te llegas a matar en tu excursioncita?

Annie no creía que su enfado fuese muy racional y levantó un poco la voz. —¡Pero no hubiese sido tu culpa!

—¡Mierda, Annie, es mi barco! ¿Qué demonios estabas intentando demostrar?

—¿Puedes dejar de hablarme como si fuera un niño? —gritó Annie a su vez—. No estaba tratando de demostrarte nada. ¡Estaba tratando de encontrar un lugar para enterrar a mi abuela!

Jamie miró la bolsa que Annie tenía entre sus manos y retrocedió un paso. Se pasó la mano por la cabeza con lo que parecía ser un gesto de frustración y cuando volvió a mirarla el enfado había desaparecido de su expresión, reemplazado por otra emoción. —Dios... Mira, estaba preocupado.

Se miraron.

A Annie le picaban los ojos, aunque no estaba muy segura del porqué. Había dejado de llorar por su abuela hacía mucho tiempo. Solo Dios sabía cuándo había sido la última vez que alguien la había mirado con tanta ternura.

—¿Cenizas?

Annie asintió y tragó con fuerza, luchando contra las lágrimas.

Él abrió los brazos y Annie se dejó abrazar de manera automática, colocando sus brazos alrededor de él y enterrando su rostro en su pecho.

Jamie le acarició la espalda con suavidad, pero solo consiguió empeorar su estado. Annie empezó a sollozar desconsolada. —Lo iba a hacer aquí, en el muelle, pero no me gustaba la idea. La marea está demasiado baja. No quiero que mi abuela se quede aquí estancada. ¡Quiero que sea libre! La casa era perfecta, con vistas al río. No pensé que fuera a necesitar un barco.

Jamie le acarició la cabeza. —Mierda, lo siento. No lo sabía, Annie.

Annie le abrazó con más fuerza, agradecida por su presencia. Era como si cada pedacito de emoción que había retenido desde la muerte de su abuela brotase de repente desde un pozo de tristeza desconocido.

—Conozco un lugar realmente increíble —le dijo Jamie, acariciándole la espalda—. ¿Me dejarás que te lo enseñe?

Annie se aferró a él, empapando la parte delantera de su camiseta con sus lágrimas, sin dejar que él le viera el rostro.

Lloró hasta que se quedó sin lágrimas.

—¿Annie?

Ella asintió con la cabeza y él le puso un dedo debajo de la barbilla, levantándole el rostro y obligándola a mirarle. Annie sabía que tenía la nariz roja. Su mejilla ya se había puesto morada y, probablemente, sus ojos también se habían puesto rojos. Él se inclinó para darle un beso en la mejilla amoratada.

—Tu abuela debió haber sido una mujer increíble para haber criado un corazón tan bondadoso. Me alegro mucho de haberte conocido, Annie Franklin.

Annie forzó una sonrisa e hipó. —Yo también me alegro de haberte conocido.

—Sube al barco —dijo Jamie.

Todavía con restos de lágrimas en las mejillas, Annie volvió a embarcarse y se sentó pacientemente con las cenizas de su abuela en su regazo mientras Jamie desataba la cuerda del atraque y empujaba el barco hacia el río.

Jamie la llevó a una hermosa isla virgen bastante adentro de los serpenteantes humedales de Folly, a un lugar que ella nunca habría encontrado por sí misma. Arrastraron el barco a tierra y dieron un corto paseo hacia el interior de la isla.

—Por aquí... quiero enseñarte algo —dijo Jamie, sin decir nada más hasta que llegaron a un pequeño claro donde las vistas eran impresionantes.

En toda la isla no se podía ver ninguna estructura creada por el hombre, y aparte de algunos terraplenes de fortificación que, según le explicó Jamie, databan de la Guerra Civil, no había indicios de que ningún ser humano hubiese puesto un pie allí, a pesar de estar a tiro de piedra de Folly.

La primera cosa que Jamie le mostró fue una vista sin obstáculos del faro de la isla de Morris: una vista panorámica que no podría haber sido más digna de figurar en una postal si se hubiese intentado recrearla artificialmente.

La segunda cosa que Jamie le mostró fue una pequeña placa desgastada en un árbol cercano, que solo podía verse si se apartaba antes la maleza. De un tamaño aproximado de 7,5 por 7,5 cm estaba hecha de algún tipo de metal y atornillada al árbol. Rezaba: James Arthur Heywood, 2 de junio de 1921 - 22 de septiembre de 1989.

Annie parpadeó y le miró, mientras el corazón se le disparaba.

—Mi padre —le explicó Jamie—. Solo es un monumento conmemorativo privado. Nunca encontraron su cuerpo.

Annie miró la placa. —¿Qué ocurrió?

—Hugo. Al menos eso es lo que creemos. Le dejó un mensaje a mi madre diciéndole que salía y que se reuniría con ella en mi casa en Raleigh a la mañana siguiente. Creo que nunca llegó a salir de Folly.

Annie sacudió la cabeza. —¿Por qué haría algo así?

Jamie suspiró. —Le habían diagnosticado un cáncer terminal

aproximadamente un año antes de Hugo... su salud se estaba deteriorando. Creo que no quería que mi madre le viese consumirse. No era el tipo de persona que se pone una pistola en la cabeza y Hugo le ofreció una salida fácil. Creo que quería asegurarse de que ninguno de nosotros le siguiera y estoy bastante seguro de que se escondió en casa y luego salió buscando la tormenta.

Annie no sabía qué decir.

—Como ya he dicho... nunca encontraron su cuerpo. Pero esta fue mi manera de poner fin a la búsqueda. Nunca había vuelto aquí desde que celebré mi propia ceremonia... Así es que, ya ves, creo que entiendo cómo te sientes.

A Annie le empezaron a picar los ojos. —Te honra que quieras compartir este lugar con mi abuela. A ella le habría encantado este sitio.

—Nunca se sabe, Annie. Tal vez este es exactamente el lugar donde tu abuela quería estar. A veces, creo que el universo nos guía en la dirección correcta...

Jamie extendió la mano detrás de su espalda. —¿Lista?

Annie asintió con la cabeza. En cierto modo, saber que compartían esto le dio la fuerza necesaria. Annie eligió un lugar cerca del árbol del padre de Jamie y pensó que tenía que hacerlo como con una tiritita, sin dudar.

El silencio fue su única oración mientras Annie sacaba la urna de la bolsa. Jamie se apartó cuando Annie abrió el contenedor sellado. Sintiendo cómo le palpitaba el corazón con fuerza, Annie cerró los ojos y tiró las cenizas al aire. Cuando abrió los ojos, por un breve instante, le pareció ver una nube gris que se congregaba ante ella —una especie de despedida final— para luego disiparse, dispersándose con el viento.

Durante un largo instante, Annie simplemente observó la belleza de los humedales, sintiendo con fuerza la presencia de su abuela.

Pero lo sorprendente era que... no se sentía sola.

Annie miró a Jamie. Él abrió los brazos y ella se abrazó a él con fuerza. —Le voy a hacer una placa —dijo Jamie con serenidad—. Puedes elegir un árbol.

Annie asintió y le miró. —Gracias, Jamie. Gracias por compartir tu casa

y tus vacaciones. Gracias por compartir la historia de tu padre. Gracias por compartir su lugar de descanso con mi abuela. ¡Gracias por todo! —Annie le dio un sincero apretón.

No podía recordar un solo momento en el que se hubiese sentido tan cerca de otro ser humano aparte de su abuela.

Él la abrazó de manera protectora y Annie sintió que le ardían los ojos. —Todo lo que hice fue escuchar, Annie. Cuando el universo habla, presto atención. —Acercó su cabeza a la de Annie y le dijo tranquilamente —Lo curioso es que... cuanto más escucho, más parece hablar.

Annie tragó saliva. Por tercera vez, sus labios estaban tan cerca que ella podía sentir el calor que emanaba de ellos. Su corazón empezó a latir un poco más rápido. Se puso de puntillas y se atrevió a rozar sus labios con los suyos. Esta vez, él se inclinó sin dudarle, sellando con su cálida boca la de Annie y deslizando su lengua entre sus labios. Annie los abrió, aceptándolo, necesítándolo.

En esa pradera, con la cálida brisa envolviéndolos, el olor del pantano rodeándolos y el sol brillando sobre sus hombros, compartieron el beso más tierno y dulce posible. Todos los demás besos de su vida habían sido insignificantes en comparación. Duró lo que a Annie le pareció una eternidad. Luego sintió con intensidad el momento en el que se separaron y decidió que una eternidad en sus brazos nunca sería suficiente.

Fue incapaz de decir una palabra.

Jamie le dio un apretón suave, puso el brazo alrededor de sus hombros y la llevó de vuelta al barco.



Esa noche, Annie se despertó con el sonido de la lluvia golpeando su ventana.

El olor a azufre que ella había empezado a asociar con la marisma era penetrante y fuerte. El resto de su vida, asociaría ese olor con su abuela... con ese lugar... con Jamie.

La cama estaba vacía y podía escuchar a Lady gimiendo en la puerta de abajo.

Le quedaban dos días antes de que tuviera que irse. Le sorprendió darse

cuenta de cuán cerca se sentía de un hombre que menos de una semana antes había sido un completo desconocido. La idea de dejarle atrás le resultó extrañamente dolorosa.

En este momento, la imagen de la cara de su abuela estaba tan presente en su mente como el olor de la marisma.

Más o menos una semana antes de morir, su abuela le había tomado la mano, se la había apretado y le había dicho: «No me arrepiento de nada, Annie. ¡De nada! Es verdad lo que dicen... nunca son las cosas que hiciste las que más te atormentan... son las cosas que no hiciste, pero que quisiste hacer».

En aquel momento, Annie pensó que, de esa forma, su abuela trataba de tranquilizarla de que había tenido una vida plena y que estaba lista para irse, pero en ese momento, mientras estaba tumbada escuchando los gemidos insistentes de Lady, le pareció que se trataba de algo más que una advertencia.

Por una vez, ella escuchó esa voz interior y se levantó para ir abajo. Lady la miró con aire culpable mientras ella descendía la escalera con los pies descalzos.

—Traidora —susurró Annie con una sonrisa en su voz. Abrió la puerta y Lady la miró inquisitivamente—. Vamos —le susurró con complicidad.

Lady no necesitó otro aliciente. Estaba oscuro, pero Annie no necesitaba luz para ver a dónde había ido.

El mismo lugar al que Annie se dirigía ahora.

Abriendo la puerta de Jamie que ya estaba entreabierta, Annie observó un par de segundos mientras Lady saltaba sobre su cama. De espaldas a ella, Jamie se movió un poco para dejarle espacio.

Annie respiró profundamente y siguió a Lady.

Jamie pareció sentir su presencia. Se volvió adormilado y se sentó, mirando en la oscuridad. —¿Annie?

—¿Hay sitio para uno más?

Jamie se pasó somnoliento los dedos por el pelo. — ¿Estás bien?

Annie no estaba segura de qué decir. —Creo que sí. Puede ser. No sé.

Se produjo un largo silencio mientras él parecía examinar su petición. — Estoy desnudo —dijo finalmente.

Annie se sonrió. —Estamos en una zona de ropa opcional —señaló.

Jamie se rio. —Es verdad. Entra.

Annie no lo dudó. Trepó por encima de Lady al otro lado de Jamie y puso la cabeza en su almohada, acurrucándose junto a él. —Necesitaba un cuerpo caliente y Lady me abandonó hace unas horas para suspirar por ti al pie de las escaleras.

Jamie ajustó las sábanas y tiró de ellas para cubrirles a los dos, acercándola a su cuerpo. —Ya veo... ¿y te serviría cualquier cuerpo caliente?

Annie se rio ligeramente. —En realidad, no.

—¡Respuesta correcta! —dijo él y Annie pudo sentir la aprobación en su voz—. ¿Es por tu abuela?

Annie deslizó un brazo alrededor de su pecho. —En cierto modo.

Pero no del todo, aunque Annie no podía decirle que era más bien él y la perspectiva de abandonar Folly.

Nunca son las cosas que hiciste las que más te atormentan...

Girándose, Annie le besó firmemente en los labios. Él deslizó sus fuertes brazos alrededor de ella y la besó.

Quejándose con gruñidos, Lady saltó de la cama y encontró un lugar tranquilo en el suelo, libre de codazos indeseados. Se tumbó con un suspiro exagerado.

Jamie acarició el pelo de Annie. —Creo que alguien está un poco celoso.

—Mala suerte —dijo Annie, envalentonándose cada vez más. Deslizó una pierna sobre sus muslos y le besó de nuevo, loca por hacer el amor con él.

Esta vez, él se resistió a sus avances, y colocó una mano entre sus pechos para apartarla con suavidad. —Annie —le dijo con serenidad—. Yo nunca me lío la manta a la cabeza de esta manera.

Annie se sintió muy confusa. —¿Me estás rechazando?

Su mano se deslizó ligeramente hacia la derecha, tocándole el pecho y Annie retuvo el aliento. Pero sus palabras no estaban en sintonía con sus

acciones. —Estoy diciendo... que quizás más adelante. Estoy harto de rollos de una noche y no quiero que te acuestes conmigo porque los dos estamos aquí.

—Entonces, ¿por qué me estás acariciando un pecho?

Él dudó un breve instante y dijo con voz ronca: —Porque estoy admirando la perfección. —Lo acaricio con suavidad y movió el pulgar sobre su pezón por encima de la camiseta; Annie gimió. Le ardía la piel y quería más.

Gimió porque necesitaba sentirle dentro de ella. —Jamie —le susurró seductoramente—. Puede que nunca tengamos otra oportunidad...

Él no retiró la mano. De hecho, deslizó la otra detrás de la cabeza de Annie para bajársela y besarla en los labios mientras le acariciaba el pecho. —En ese caso, definitivamente no deberíamos hacer esto...

Annie sentía arder cada centímetro de su cuerpo. La confusión

y el deseo le nublaban el cerebro. No podía recordar la última vez que había deseado tanto que un hombre la tocara, le hiciese el amor. —Pero lo importante del viaje es el viaje en sí mismo, ¿verdad?

En ese momento, lo único que quería Annie era sentir sus pechos desnudos contra el calor de su cuerpo. Su corazón latía enérgicamente cuando deslizó la mano sobre su pecho y su abdomen para acabar tomando en su mano la prueba de su deseo. Su boca podía estar diciendo no, pero su cuerpo estaba diciendo sí. Annie estaba dispuesta a utilizar un poco de persuasión. Le acarició con firmeza. —¿No tienes ganas de utilizar esto?

Le oyó tragar saliva. —No.

—Mentiroso —le susurró febrilmente, y le besó el mentón, la mejilla, la boca, la nariz...

—Ahora mismo... solo estoy disfrutando de la sensación de tu mano... y apreciando el misterio de lo que debe ser estar dentro de ti.

Annie le mordisqueó la oreja y presionó con más firmeza sus pechos contra su mano, mientras cambiaba la posición para sentarse a horcajadas sobre él, ondulándose suavemente. Le miró tímidamente. —No tiene por qué seguir siendo un misterio.

Sintió cómo su cuerpo se ponía duro debajo de ella y cómo su voz

sonaba un poco más gutural cuando por fin le contestó. —Sí, tiene que seguir siéndolo. —Le cogió la mano y la deslizó hasta su pecho, atrapándola allí—. Duérmete, Annie. —Y con esto la deslizó de encima de él y le hizo sitio para colocarla a su lado.

Annie suspiró y se estremeció.

Tenía la sensación de que le ardía el cuerpo, allí tumbada en la cama, mientras sentía el fuerte latido de su corazón debajo de la palma de su mano. La confusión empezó a entretorse en sus pensamientos como telarañas. Permaneció allí tumbada tratando de explicarse con exactitud lo que había sucedido y por qué la había rechazado. Prácticamente se había lanzado a sus brazos y había utilizado todos sus poderes de seducción. Sabía que él se sentía atraído por ella; había tenido la prueba en su mano, gruesa y dura, y Jamie no era exactamente tímido.

¿Por qué?

No conseguía dormirse... ni encontrar respuestas.

Durante bastante rato, su corazón siguió latiendo bajo sus dedos, inquebrantable en su ritmo, y entonces, cuando empezó a disminuir, Annie por fin empezó a dormirse.

CAPÍTULO 6



Annie despertó en la cama de Jamie, pero él no estaba allí. En su lugar había un perro de color amarillo fuerte acomodado en el lugar que Jamie había dejado caliente. Un rato después de que Jamie se hubiese ido, Lady debió volver a subirse a la cama y a acomodarse a su lado.

Lady suspiró y Annie se sonrió. Al parecer, ambas suspiraban por el mismo hombre. Era increíble la facilidad con la que Jamie se había colado en sus corazones.

Cuando vio que su tabla había desaparecido, dio por supuesto que estaba surfeando y, después de vestirse y de devorar algunas de las sobras de sándwiches, ella y Lady salieron y se dirigieron al Washout a verle surfear.

Annie se sentó en la playa y estudió a los surfistas a lo lejos. Estaba lleno de gente y era difícil reconocer las caras a esa distancia. Llevaba allí casi una hora cuando se dio cuenta de que Jamie todavía no estaba en la playa.

Con el viento levantando las olas, estaba segura de que le gustaría surfear y quizás podía entender por qué le apetecía tanto hacerlo. Aquí, en el Washout, él conectaba, de alguna manera, con su padre. Probablemente aquí era donde más sentía la presencia de su padre y su manera de rendirle homenaje era surfeando las olas.

Annie podía entenderlo en cierto modo.

El deseo de alquilar la casa de playa en Folly había sido una necesidad casi tangible. En cierto modo, era como si, tal y como había dicho Jamie, el universo le hubiese estado hablando y ella se hubiese visto obligada a escuchar. Era una voz con la que él parecía tener más sintonía..., pero Annie se preguntaba si siempre la interpretaba correctamente. Ella le había necesitado anoche de verdad y él la había rechazado, a pesar del hecho de que había sido él quien había ido detrás de ella desde el momento en que se

encontraron.

Ayer... en la isla... él le dijo que no había vuelto a ese lugar desde su ceremonia privada por su padre. Lo dijo de manera bastante pragmática, sin ningún signo visible de emoción aparte de su preocupación por ella, y Annie no podía evitar preguntarse qué tipo de emociones se arremolinaban bajo su piel. No parecía dejar traslucir muchas.

Enfado, tal vez...

Él se había enfadado un poco cuando pensó que ella podría estar en peligro.

Pero entonces puso una barrera inmediata cuando ella intentó acercarse a él.

Tal vez no aceptaba sus propias emociones tan bien como él se creía. De hecho, se preguntaba si realmente sabía por qué necesitaba surfear en el Washout.

Así pues, ¿cómo afrontaba un hombre como Jamie Heywood una tormenta de emociones abrumadoras?

Mientras estaba allí sentada, el viento batía la arena alrededor, barriendo un cielo gris que teñía el agua de color mercurio y drenaba el color de la playa.

Un pensamiento sombrío se fue instalando en la mente de Annie.

Miró el reloj. Eran las 13.00 horas. Si él no estaba aquí, ¿dónde podría estar? No se trataba del tipo de persona que se iría a comer para luego surfear con el estómago lleno de patas de cangrejo.

Annie miró a Lady, que parecía sentir su malestar.

Hay una línea divisoria muy fina entre la vida y la muerte... creo que todos los surfistas anhelan en cierta medida conquistarla.

Annie se puso de pie de un salto, con el corazón en un puño.

Sin detenerse a pensar por qué, corrió hacia el extremo este de la playa, dejando caer la correa de Lady mientras corría. Corrió tan rápido como pudo, tropezándose con la arena, calle arriba, pasando la estación de los guardacostas, sin aliento por el esfuerzo.

Lady corría a su lado arrastrando la correa detrás de ella.

Un ingente sentido de urgencia abrumó de repente a Annie. Actuando de manera instintiva, le gritó a Lady —¡Ve a buscar a Jamie! —Señaló la playa detrás de las dunas—. ¡Busca a Jamie!

Lady parecía haberla entendido, ya que duplicó su ritmo. Sobrepassó a Annie, avanzando a grandes zancadas por la arena hacia las olas. Annie había dejado sus sandalias en el Washout, pero no se inmutó cuando empezó a pisar los erizos. Siguió corriendo, impulsada por algo profundo mientras que una terrible sensación de desastre inminente la invadía como las crecientes nubes negras.

Annie avanzó a tropezones por las dunas a tiempo para ver cumplirse sus peores presagios y se quedó paralizada.

Lady no se detuvo. Corrió por la arena y se metió en el agua.

Jamie estaba en su tabla de surf. Y no estaba solo. Una ola monstruosa se había formado, elevándole con su tabla. Se deslizó sobre ella unos tres segundos en cuclillas antes de que otro surfista apareciese en la cresta. De repente, el surfista que estaba junto a él se cayó, lanzando su tabla de color amarillo chillón al aire hacia Jamie. Incluso desde esa distancia, Annie pudo ver cómo golpeaba a Jamie en la cabeza. Él vaciló y durante un momento de vértigo Annie pensó que podría mantenerse. Pero no lo hizo. Se cayó de cabeza al agua, volteando su tabla detrás de él y dejándola flotar ominosamente en medio de las olas de cresta blanca.

—¡Jamie! —gritó Annie.

Lady ya estaba nadando hacia él.

Annie sabía que era una estupidez, pero no le importó. Completamente vestida, ella corrió detrás de su perro hacia Jamie, con el corazón latiendo de manera frenética. Pronto dejó de hacer pie y se encontró en aguas profundas, nadando con todas sus fuerzas, sintiendo las corrientes arremolinándose peligrosamente alrededor de sus piernas.

Su corazón latía con angustia a medida que el agua tomaba vida propia y por un terrible y espantoso momento, no pudo ver a Lady ni a Jamie y se dio cuenta de que existía una clara posibilidad de que todos se ahogasen en ese instante. Las olas eran más violentas de lo que parecían desde la orilla.

Y entonces vio la cabeza de Lady moverse frenéticamente hacia una mancha negra en el agua cerca de la tabla de surf naranja de Jamie.

¿Era Jamie? ¡No podía verlo!

No se movía. Su pelo era demasiado oscuro.

Dios, ¡no era Jamie!

Lady llegó hasta él y siguió adelante, arrastrando un cuerpo en la dirección del faro.

—¡Jamie! —gritó Annie tragando agua. Annie trató de seguirla, hasta que una temible corriente amenazó con hundirla y ella instintivamente se giró y nadó hacia la orilla, dándose cuenta de que no era lo suficientemente fuerte como para lograrlo. Annie llegó a la playa, escupiendo agua salada, mareada por las emociones.

La gente llegó corriendo de quién sabe dónde, y la ayudaron a salir del agua.

Alguien ya había llamado al servicio de emergencia médica.

Annie estaba demasiado asustada para sollozar.

Desde la orilla, vieron como Lady nadaba hacia el faro, sujetando con determinación su carga. Las emociones brotaron como una marejada de las entrañas de Annie. Sus ojos se llenaron lágrimas no derramadas mientras veía a su perro alcanzar una franja de orilla detrás del faro, arrastrando consigo un cuerpo inerte con pelo oscuro hasta la playa.

La gente alrededor de ella hablaba sin cesar, pero Annie no entendía lo que estaban diciendo.

Alguien le dio un ligero codazo. —¿Quién es?

—Mi perro... y mi... novio —dijo Annie, ahogándose con otra oleada de emociones. Luego añadió con serenidad: —Creo.

No había ninguna señal del otro surfista en el horizonte. Olas de cresta blanca punteaban el canal.

—¡Vaya suerte que ha tenido el tío! —dijo alguien.

Otra persona emitió una exclamación similar. —¡Menuda suerte ha tenido el muy mamón... su ángel de la guardia se ha ganado hoy sus alas!

—¡Ángel, y una mierda! ¿Has visto ese perro?

Annie ya podía oír los helicópteros en el aire.

Esperó con el agua hasta los tobillos mientras veía a Lady revolotear alrededor del cuerpo en una orilla distante. Ese momento en el que permaneció allí le pareció uno de los más largos de su vida.



Las noticias de un surfista fallecido salieron en el noticiero de las 6 de la tarde. El mar había escupido el cuerpo de un estudiante de 20 años de la Universidad de Charleston.

Annie estuvo sentada al lado de la cama de hospital de Jamie, cuidándole mientras dormía, agradecida de que no fuese él.

Toda la tarde, los periodistas permanecieron al otro lado de la puerta, pidiendo una entrevista con el perro que había salvado la vida de un hombre. Lady estaba siendo tratada como una VIP y se había adueñado de una pequeña sala de espera cerca de la Sala de Urgencias mientras Annie esperaba para ver si ingresaban a Jamie. En el caso de que se despertase, tenían previsto darle el alta. Aparte de un chichón en la cabeza, parecía estar bien. Al parecer, la cuerda de su tabla de surf le había mantenido a flote el tiempo suficiente para que Lady llegase hasta él. Cuando Jamie abrió los ojos, Annie estaba allí para saludarlo.

—Hola —dijo aturdido.

Annie le apartó suavemente el pelo de la frente. Sus ojos azules resplandecían un poco febriles, pero la sonrisa que le lanzó a continuación era tan burlesca como la sonrisa a la que Annie se había acostumbrado. Nunca le había hecho tan feliz ver a un hombre sonreír. Su voz no reflejó la desaprobación que expresaron sus palabras. —Jamie Heywood... ¿eres imbécil, no sabes leer o tienes algo que demostrar?

Jamie gimió. —Yo diría que todas ellas, pero no creo que den títulos de Derecho a tíos que no saben leer.

Annie se rio ligeramente. —Me has dado un susto de mil diablos. Por un minuto, pensé que iba a perder los dos seres en mi vida que más me importan.

El brillo en sus ojos se iluminó. —¿Lo dices en serio?

Annie le besó en la boca. —Totalmente en serio, Jamie, ¿Qué probabilidades tengo?

—Yo diría que las probabilidades son definitivamente mejores que si

nos hubiésemos encontrado y después separado. Pasa todos los días. —Su expresión se ensombreció y el brillo desapareció de sus ojos—. ¿Qué ha pasado con el otro surfista?

Annie le acarició con suavidad el chichón de color rojo chillón de su cabeza. —No tuvo suerte, Jamie. Y tú por los pelos tampoco. Lady te arrastró hasta la orilla.

A Jamie se le hizo un nudo en la garganta. —Supongo que tengo dos deudas con tu perro...

Annie se inclinó para besarle suavemente en los labios. —Shhhh.

—Nunca le digas eso a un hombre moribundo —la reprendió Jamie.

Annie sonrió socarronamente. —Solo que tú no te estás muriendo. ¿Por qué hiciste algo tan estúpido?

Él la miró con seriedad y sacudió la cabeza. —No lo sé.

A Annie se le alzaron las cejas. —¡Maldita sea, Jamie, si hubiera sabido que estabas planeando cometer suicidio, me habría ido a casa!

—Annie, cariño —dijo Jamie—, no se puede considerar suicidio si no quieres morir. —Pero sus ojos reflejaban verdadera consternación—. En serio... ¿te habrías ido a casa?

Ella sacudió la cabeza. —Estoy bastante segura de que desde el minuto en que te conocí, perdí la cabeza.

Los labios de Jamie se curvaron en una débil sonrisa. —Así es que estás diciendo que, tal vez, ¿te gusto algo que más de la cuenta?

—Shhhh... —susurró Annie inclinándose para besarle suavemente en la frente. Luego pasó la parte posterior de sus dedos por su mejilla.

—¿Qué piensas del matrimonio?

Annie hizo una mueca. —Creo que es una pregunta extraña y que te has dado un terrible golpe en la cabeza —respondió ella. Pero algo en sus ojos le decía a Annie que lo estaba diciendo totalmente en serio.

—No es tan raro si acabas de ver tu vida pasar por delante de tus ojos. Quiero decir... para mí, Annie.

La miró esperando su respuesta.

Annie parpadeó. —¿Me estás pidiendo... que me case... contigo?

Él se encogió de hombros. —Más o menos. Tal vez... —Sus ojos brillaban levemente. —Sí, supongo que sí. Tengo la suficiente experiencia como para reconocer algo bueno cuando lo veo.

Annie lo contempló.

¿Quién en su sano juicio firma un contrato para toda la vida después de una sola semana increíble? Y los dos tenían que pensar en sus trabajos. Geográficamente vivían en diferentes ciudades y ¿qué sabían realmente acerca del otro? El matrimonio no era algo que se pudiera tomar a la ligera.

Annie consultó con su corazón, desterró todo pensamiento racional y le dio la única respuesta que le salía del corazón.

EPÍLOGO



Era oficial desde esa mañana: El número 1776 de East Ashley había salido del mercado de alquiler. Los trabajadores de la mudanza de Annie debían llegar mañana. Jamie había

llegado la semana anterior.

Mientras que todo el mundo estaba ocupado, Annie se sintió obligada a aprovechar la oportunidad de echar una ojeada en la buhardilla, pues necesitaba saber con exactitud dónde iba a ir todo.

Algunos hábitos eran difíciles de romper.

Sin tener idea alguna de lo que le esperaba, Annie abrió la trampilla de la buhardilla, desplegó las escaleras y subió. En la parte superior de las escaleras había una bombilla, pero no era necesario encenderla. Dos pequeñas ventanas de ventilación en la parte posterior y dos más en la parte delantera le proporcionaban toda la luz que necesitaba y no quería que Jamie supiera que estaba allí. Aparte de unas cuantas telarañas, se quedó gratamente sorprendida por lo bien organizado que estaba todo el espacio, pero se tomó un momento para mirar por la ventana trasera y comprobar que Jamie seguía trabajando en el velero en el patio de atrás.

Mientras Lady observaba sus avances con interés, Jamie trabajaba con dedicación en la remodelación del barco. Ya casi estaba terminado, pero Annie estaba embarazada de casi seis meses y Jamie ya había declarado de manera muy enfática que no le permitiría poner un pie en el barco hasta después del parto.

Tampoco le permitía subir a la buhardilla, pero aquí estaba ella de todos modos.

¿Quién se hubiera figurado que el tipo despreocupado y alocado de la playa se iba a convertir en un don angustias con ella?

Annie tampoco hubiera podido adivinar nunca que era abogado, pero eso es lo que era, aunque prácticamente retirado. A la edad de 39 años, Jamie

tenía tantas propiedades a lo largo de la Costa Atlántica que obtenía lo suficiente para vivir de las rentas sin necesitar nada más. El tiempo que pasaba ocupándose de asuntos jurídicos era en el Consejo General de la sociedad de preservación local, que se encargaba de casos relacionados con la conservación de especies en peligro de extinción y el uso de la tierra. Él era uno de esos chicos de los que su abuela decía que predicaba con el ejemplo.

Annie le quería.

Y Lady también.

Su fiel perro se había convertido en su sombra. Annie sabía sin lugar a dudas que este era el sitio en el que ella debía estar. Annie lo sentía con tanta intensidad como sentía el agua a su alrededor.

En la buhardilla había un fuerte olor a barro, mezclado con los típicos olores a humedad de las cajas viejas. Obligándose a dejar de espiar a su marido desde la ventana de la buhardilla, Annie emprendió la tarea de hacer sitio a las decenas de cajas que sabía que iban a llegar pronto. Gran parte de lo que pretendía almacenar aquí eran objetos relacionados con su negocio, cosas que pensaba apartar hasta después de que hubiese nacido el bebé, cuando ella podría decidir mejor dónde reabrir su negocio.

Annie movió cajas alrededor, apilándolas prolijamente, haciendo un inventario de lo que había y estableciendo un sistema. 45 minutos más tarde, prácticamente había terminado sin experimentar ningún signo de exceso de ejercicio.

Solo quedaba una pila más de cajas viejas y Annie acometió la tarea con renovado entusiasmo, con la esperanza de terminar antes de que Jamie la pillase y la hiciese bajar. Arrinconadas en el extremo posterior de la buhardilla, estas cajas parecían diferentes a las demás. Para empezar, no eran el tipo normal de cajas de mudanza. Llevaban impresos nombres que recordaban el pasado: había una con «La voz de su amo» de Víctor estampada en un lateral. Mirando fijamente a un altavoz con forma de narciso, el perro que más tarde sería conocido como el perro RCA asomaba su cabeza con curiosidad. Otra caja marcada con Magnavox estaba atravesada con cintas frágiles, pero una esquina se podía entreabrir fácilmente para mirar en su interior. Había un montón de hojas viejas, amarillentas por el paso del tiempo. Una caja en particular le llamó la atención. Parecía ser una vieja caja de munición de la Segunda Guerra Mundial. Curiosa, Annie empezó con esa

caja, sentándose en el suelo, junto a ella. La abrió y encontró un cuaderno de espiral azul que tenía cromos de béisbol de los años 70. El garabato escrito con letra infantil en el interior del cuaderno rezaba: Bobby G.

Una extraña sensación de déjà vu se apoderó de ella.

Aunque el nombre podía ser una casualidad, estaba segura de nunca había visto las tarjetas antes de hoy. Se preguntó si eran de Jamie, aunque sería otra más en una larga lista de casualidades que ella y Jamie compartían. Bobby G fue el nombre artístico de su padre.

Después de que sus padres se hubiesen divorciado, Annie había adoptado el apellido de soltera de su madre, Franklin. Pero no recordaba que su padre hubiese usado su verdadero apellido.

Aparentemente, Greaves no funcionaba demasiado bien como nombre artístico. Annie miró fijamente el garabato, pasando un dedo sobre la tinta negra muy marcada. Parecía como si alguien lo hubiese escrito y reescrito, una y otra vez, asegurándose de que el nombre era una parte indeleble del cuaderno.

Era curioso, pero últimamente Annie había empezado a pensar en su padre...

Iba a ser abuelo y ella ni siquiera sabía dónde estaba.

Colocando el libro aparte, rebuscó entre el resto de los objetos: una baraja de cartas muy usada, un puñado de dólares de plata Susan B. Anthony, algunos discos de vinilo de 45 RPM deformados y medio derretidos, dos cintas de ocho pistas y un libro de J.R.R. Tolkien: «El Hobbit». Cogió el libro muy manoseado y lo hojeó al azar, pensando que tal vez debería releerlo en algún momento. Mientras ella pasaba las páginas, una fotografía Polaroid descolorida se deslizó fuera del libro y cayó sobre sus rodillas.

A Annie le empezó a latir el corazón un poco más rápido cuando recogió la fotografía para examinarla. Era una foto de un joven de pie junto a un trofeo de béisbol que era casi más alto que él. Su rostro le resultaba inquietantemente familiar. La mujer de pie junto a él también resultaba familiar, demasiado. Miraba hacia abajo al muchacho con mucha ternura, rodeándole los hombros con un brazo. Él sonreía con satisfacción, obviamente orgulloso de su logro.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y Annie apretó la foto

contra su pecho.

Dejando todo exactamente donde lo había encontrado, Annie bajó corriendo al patio de abajo. —¡Jamie! —gritó Annie.

Él levantó la mirada de su trabajo en el casco del barco.

—¿De quién era esta casa antes? —preguntó Annie, sosteniendo la foto con manos temblorosas.

Dándose cuenta de que Annie estaba un poco trastornada, lo dejó todo y fue hacia ella en el patio, abrazándola protectoramente.

—No lo recuerdo con exactitud. Todo lo que sé es que la familia se había mudado y mantenían la casa, con la esperanza de regresar algún día. Después de Hugo, decidieron venderla. Demasiados daños y no tenían dinero para repararlos.

Unas lágrimas brotaron silenciosamente en las mejillas de Annie. Annie le puso la foto delante de la cara mientras una ola de emoción casi ahogaba sus palabras. —Estas personas... ¡son mi abuela... y mi padre!

Jamie miró fijamente la foto descolorida. —Dios santo — exclamó suavemente, mirándola—. ¿Dónde la has encontrado?

—¡En la buhardilla!

Jamie no se molestó en recriminarle que hubiese ido allí, consciente de la importancia de su descubrimiento. —Cuando compré la casa, estaba en muy mal estado. He llevado a cabo una gran renovación, pero la buhardilla está prácticamente intacta. Creo que nunca había subido hasta que nos trasladamos y, entonces, solo el tiempo suficiente para empujar unas cuantas cajas allí.

Compartieron una mirada cómplice.

—Joder —dijo Jamie. Supongo que las tortugas y los salmones no son los únicos que vuelven a casa para anidar. —¿Qué quieres hacer?

Annie se secó las lágrimas y le sonrió. —Un chico en bolas que conocí una vez me dijo que debía escuchar con más atención al universo... y eso es lo que voy a hacer.

Jamie le hizo dar la vuelta y la llevó de regreso a la casa, rascándose la cabeza. —¡Es increíble!

Annie le miró. —¿Que yo no tenga un plan?

—No, joder. ¡Que hayas escuchado a un hombre en bolas!

Mientras andaban, Annie deslizó sus brazos alrededor de la cintura de su marido. —No tan increíble como el hecho de que me haya casado con él.

—¡Chico con suerte! —dijo Jamie cuando Lady se le acercó y colocó su hocico debajo de su mano.

—La suerte fue mía —dijo Annie mientras observaba cómo Jamie acariciaba a su perro. —Solía ser un verdadero don Juan.

Jamie se rio y le acarició el vientre. —Estoy bastante seguro de que lo sigue siendo. He oído que ya tiene dos mujeres y que hay otra de camino.

Annie sonrió socarronamente. —¿Quieres probar con cuatro?

Jamie le dedicó una sonrisa llena de promesas y dijo —Creo que vamos a necesitar un velero más grande.

S O B R E L A A U T O R A

Nacida en Rota, España, Tanya Anne Crosby vive ahora en los Estados Unidos con su marido y sus dos hijos. Las novelas de Tanya han cosechado numerosos bestsellers, incluidos en varias ocasiones en las listas del New York

Times y del USA Today. Estas, conocidas principalmente por sus historias cargadas de humor y emociones a flor de piel y repletas de personajes imperfectos, han obtenido reconocimiento y unas críticas brillantes. La autora reside con su marido, dos perros y dos gatos malhumorados en el norte de Michigan.

Más información: www.tanyaannecrosby.com tanya@tanyaannecrosby.com